

DE RE BIBLIOGRAPHICA.

AL SEÑOR D. GUMERSINDO LA VERDE RUIZ

CATEDRÁTICO DE LITERATURA

EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ETC.

Mi muy docto amigo y paisano: Dias pasados dirigí á usted una breve impugnacion de ciertas erradas afirmaciones acerca del pasado intelectual de España, vertidas por el Sr. D. Gumersindo de Azcárate en sus artículos sobre *El Self-Government y la monarquía doctrinaria*. Doliame allí del lamentable olvido y abandono en que tenemos las glorias científicas nacionales, en especial las filosóficas, abandono y olvido que, entre otros daños de menor entidad, trae el gravísimo de mantener á nuestra patria falta de todo carácter propio en las modernas evoluciones del espíritu humano, dejándonos á merced de cualquier viento de doctrina que sople de extrañas tierras, y siendo causa eficazísima de la anarquía y desconcierto que hoy nos aqueja y lleva trazas de prolongarse, si Dios no lo remedia. Él solo sabe si es útil ó dañoso el sesgo que al presente llevan ciertos estudios en España, y si es el mejor antídoto contra la exageracion *innovadora* la exageracion *reaccionaria*. Lo que sí puede afirmarse es que ambos fanatismos se inspiran en libros extranjeros, por más que uno y otro sean de antiguo abolengo en nuestra historia filosófica, y que, tal vez sin darse cuenta de ello, obedecen los secuaces de tan opuestas ideas á las providenciales leyes del pensamiento ibérico, aunque incurriendo en no pocas aberraciones y alejamientos de las escuelas peninsulares, por no detenerse á estudiarlas como debieran, y á buscar dentro de España el anterior desarrollo de sus respectivos sistemas ó los precedentes históricos que los han motivado. Pero dejando aparte tales consideraciones, vengamos derechamente al objeto de esta epístola y de las que, Dios mediante, han de seguirla, que se enderezarán sólo á desenvolver algunas indicaciones apuntadas en mi anterior, sobre los medios de reparar la ignorancia, hoy generalmente sentida respecto á nuestra *historia científica* y aun á una gran parte (no despreciable por cierto) de la *literaria*.

Estos medios se reducen á tres:

1.º Fomentar la composicion de monografías bibliográficas.

2.º Idem de monografías expositivo-críticas referentes á cada ramo de la ciencia, ó al ménos á los que tienen historia importante en España.

3.º Creacion de seis cátedras nuevas en los Doctorados de las Facultades, con otras instituciones encaminadas al mismo propósito.

Trataré brevemente de cada uno de estos proyectos, dividiendo mi trabajo, á guisa de sermon, en tres puntos.

I.—ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS.

Acúsase con frecuencia á la Bibliografía, por los extraños á su cultivo, de *ciencia* árida é indigesta, de fechas y de nombres, superficial y frívola al mismo tiempo, como que sólo para la atencion en los accidentes externos del libro, en la calidad del papel y de los tipos, en el número de las hojas, y limita sus investigaciones á la *portada* y al *colofon*, sin cuidarse del interior del volúmen, que para ella suele estar tan cerrado como el de los *siete sellos*. No ha de negarse que hay hartos *bibliófilos* (si tal nombre merecen) acreedores á esta y aun á otras más acres y no ménos fundadas censuras; y en verdad que se duda á veces entre la risa y la indignacion al ver á ciertos acaparadores de libros estimar el mérito de los trabajos del humano ingenio por su mayor ó menor escasez en el mercado, despreciando, v. gr., los clásicos griegos y latinos porque se encuentran á toda hora, en cualquier forma y en variedad de ediciones, al paso que dan suma importancia á los libros de *jineta*, de *esgrima*, de *cetrería*, de *taurromaquia*, de *heráldica* ó de *arte de cocina*, por raros y difíciles de encontrar en venta. Y produce ciertamente triste impresion la lectura de muchos catálogos bibliográficos, cuyos autores para nada parece haber tenido en cuenta el valor intrínseco de los libros, fijándose sólo en insignificantes pormenores propios más de un librero que de un erudito. Pero no es ese el verdadero procedimiento del bibliógrafo, ni puede llamarse trabajo científico, sino mecánico, el descarnado índice de centenares de volúmenes cuyo registro externo arguye á lo sumo diligencia y buena fortuna, nunca dotes intelectuales ni saber *crítico*. Y la critica ha de ser la primera condicion del bibliógrafo, no porque deba éste formularla con todo el rigor del juicio *estético* y de la apreciacion *histórica* diestramente combinados, sino para que sepa indicar de pasada los libros de escaso mérito, entresacando á la par cuanto de

útil contengan, y detenerse en las obras maestras, apuntando en discretas frases su utilidad, dando alguna idea de su doctrina, método y estilo, ofreciendo extractos si escasea el libro, reproduciendo íntegros los opúsculos raros y de valor notable, y añadiendo sobre cada una de las obras por él leídas y examinadas un juicio no profundo y detenido como el que nace de largo estudio y atenta comparacion, sino breve, ligero y sin pretensiones, como trazado al correr de la pluma por un hombre de gusto; juicio espontáneo y fresco (si vale la expresion), como que nace del contacto inspirador de las páginas del libro; impresiones vertidas sobre el papel con candor é ingenuidad erudita. ¡Qué obra más útil, á la par que deliciosa es un catálogo bibliográfico redactado de esta manera! Así concebida la *Bibliografía*, es al mismo tiempo el cuerpo, la historia externa del movimiento intelectual, y una preparacion excelente é indispensable para el estudio de la historia interna. Los registros de obras hechos sin estas condiciones serán útiles en el sentido en que lo son los catálogos de editores y libreros, pero no serán trabajo de literato, sino de mozo de cordel; no llamemos á sus autores *bibliógrafos*, sino *acarreadores* y *faquines de la república de las letras* (1).

Por dicha, los *bibliógrafos* españoles (con excepciones raras) han sido fieles á la mision importantísima que la ciencia por ellos cultivada debe cumplir, y aún algunos pueden presentarse como dechados, si no de todas, de la mayor parte de las cualidades indicadas. No son escasos los frutos de la investigacion erudita entre nosotros; pero aún resta no poco que trabajar en este campo. De los *Diccionarios* y *Catálogos* hoy existentes, ya impresos, ya manuscritos, puede hacerse la division siguiente:

- 1.ª *Bibliotecas generales.*
- 2.ª *Etnográficas.*
- 3.ª *Corporativas.*
- 4.ª *Regionales.*
- 5.ª *Por materias.*
- 6.ª *Índices y Catálogos de bibliotecas públicas y particulares.*

Tiene nuestra España la gloria de poseer una de las bibliografías generales más extensas y con más diligencia trabajadas, doblemente admirable si consideramos el tiempo en que fué compuesta, en las dos *bibliotecas Vetus* y *Nova* de Nicolás Antonio, dadas á la estampa la segunda en 1672, y póstuma la primera en 1696, gracias á la munificencia del cardenal Aguirre y á los desvelos del dean Marti. Breves y de escasa importancia eran los ensayos anteriores al colosal trabajo del ilustre bibliógrafo sevillano.

(1) Expresion de Puigblanch.

El comentario elegantísimo *De doctis Hispaniæ viris*, ó sea *Apologia pro adserenda hispanorum eruditione*, del docto profesor complutense Alfonso García Matamoros (vertido al castellano en el siglo pasado por el canónigo Huarte), no es otra cosa que un panegírico de nuestras letras, en que se mencionan muy pocos autores y escasísimos libros, sin indicaciones tipográficas de ninguna especie. La *Bibliotheca Hispaniæ* de Andrés Peregrino (ó sea el P. Andrés Scotto) puede aún consultarse con provecho en ciertos lugares, y mereció bien de nuestras letras su extranjero autor, sólo por el intento, pero es de limitada utilidad bibliográfica á pesar de su volumen, pues de los tres de que consta, versa el primero sobre la *religion, universidades, bibliotecas, concilios* y *reyes* de España, y en los dos restantes, tras de intercalarse asimismo materias extrañas, se habla más de los autores que de los libros, y por lo general sólo de los contemporáneos del jesuita flamenco, que dió á luz su obra en Francfort el año de 1608. Un año ántes había salido de las prensas maguntinas un *Catalogus clarorum Hispaniæ scriptorum* á nombre de Andrés Taxandro, índice sucinto y descarnado que generalmente se atribuye al mismo Scotto. Así en el *Catálogo* como en la *Biblioteca* se hace mérito casi únicamente de los escritores que usaron la lengua latina, falta que intentó remediar el toledano D. Tomás Tamayo de Vargas, formando un índice bastante copioso de obras castellanas, con el título no impropio de *Junta de libros la mayor que España ha visto en su lengua*. Manuscrito permanece en la Biblioteca Nacional este catálogo, hoy de escaso valor como libro de consulta, dado caso que le disfrutaron ámpliamente Nicolás Antonio y otros bibliógrafos. Con tan escasos auxilios comenzó su tarea, en verdad hercúlea, el autor de la *Censura de Historias Fabulosas*, prosiguióla con ardor creciente y jamás igualada diligencia, y logró darla cima en lo posible, consagrando á ella el bien aprovechado trabajo de su vida entera. De eterna admiracion son dignos sus esfuerzos, pues si reflexionamos las gravísimas dificultades con que se tropieza para formar la bibliografía del ramo ménos cultivado del saber humano, el índice de los trabajos relativos á un solo punto de la ciencia, el catálogo de los escritores de una provincia, de un pueblo de limitada importancia, ¿cómo no asombrarnos de esa titánica empresa de dar á conocer en un libro cuanto en España se había escrito desde la era de Augusto hasta fines del siglo XVI, sobre cualquier materia y en cualquiera forma! Y ¿quién ha de parar la vista en los errores, en las omisiones, en las faltas de pormenor inevitables en obra semejante? Aunque mucho más graves fueran, no bastarían á contrapesar las singulares excelencias de erudicion y crítica, la riqueza in-

comparable de noticias recogidas en aquellos cuatro volúmenes, que son aún, y serán por mucho tiempo, el monumento más grandioso levantado á la gloria de las ciencias y de las letras españolas. Conviene consultar la obra de Nicolás Antonio en la reimpression matritense de 1783 y 1788, en que se agregaron á la *Bibliotheca Nova* las adiciones manuscritas del mismo autor, y se acrecentó la *Vetus* con las copiosísimas notas del sabio hebraizante y numismático Pérez Bayer.

El segundo ensayo de *bibliografía* general debióse á D. José Rodríguez de Castro, que con erudición notable, aunque sin método ni crítica, propúsose refundir, acrecentar y continuar las *bibliotecas* de Nicolás Antonio en la suya *Española* que no pasó del siglo XIV, si bien, con haber quedado tan á los principios, es obra de indispensable consulta en la parte hispano-romano y en la de los tiempos medios, y puede considerarse como el mejor suplemento á la *Bibliotheca Vetus*.

Al lado de Nicolás Antonio, padre de nuestra bibliografía, debemos colocar el nombre del rey de nuestros modernos eruditos, D. Bartolomé J. Gallardo, en cuyas admirables *papeletas* diestramente ordenadas por los señores Zarco del Valle y Sancho Rayon veo casi realizado (un poco más de crítica no sobraría) el ideal de la labor bibliográfica, tal como la concibo y expuse al comienzo de esta epístola. El *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, riquísimo en extractos y noticias, suple gran parte de las omisiones de Nicolás Antonio respecto al siglo XVI, suministra datos y documentos sobre toda ponderación interesantes para la historia de nuestra literatura y en especial de la poesía lírica y de la dramática, y es de utilidad más directa é inmediata que ningún otro libro de bibliografía nacional para todo linaje de curiosos y de lectores. ¿Por qué desdicha no han visto aún la pública luz los últimos volúmenes de esta obra excelente, suspendida desde 1866 en la letra F? ¿Á qué director de instrucción pública estará reservada la gloria de procurar la impresión de lo restante?

Empresa es harto difícil el formar la bibliografía del siglo en que vivimos, fértil como ninguno en folletos, opúsculos, memorias, periódicos y hojas volantes. En parte muy considerable, realizáronlo, sin embargo, los señores D. Dionisio Hidalgo y don Manuel Ovilo y Otero en sendos *Diccionarios* de no poco volumen, impreso en cinco tomos el primero, desde 1864 á 1868, é inédito en la Biblioteca Nacional el segundo, del cual publicó en Paris un extracto con título de *Manual* la casa de Rosa y Bouret. Como escritos de bibliografía general pueden considerarse además de los citados la *Tipografía Española* del P. Mendez, adicionada por Hidalgo, los *Apuntamientos* de nuestro paisano D. Rafael

Floranes sobre el mismo asunto, y el *specimen* de Diosdado Caballero *De prima typographiæ hispanæ ætate*, con otros opúsculos de menor cuantía relativos al primer siglo de nuestra imprenta. Y si agregamos la voluminosa *Bibliografía crítica* (no en todo española) del trinitario Fr. Miguel de San José, los trescientos artículos que añadió Floranes á Nicolás Antonio, los excelentes que en las *Revistas Universitaria* y de *Instrucción pública* dió á luz el bibliotecario ovetense D. Aquilino Suarez Bárcena, y alguna que otra tentativa semejante (1), tendremos casi completo el índice de los estudios *generales* de bibliografía española realizados hasta el momento en que trazo estas líneas.

Y continuando, amigo mio, en esta reseña de lo hasta hoy trabajado para indicar despues con más holgura lo que aún falta llevar á cabo, mencionaré las dos únicas bibliotecas etnográficas que poseemos, la *Árabe-Hispano-Escorialensis* de Casiri y la *Rabinico-Española* de Rodríguez de Castro, ninguna de las cuales satisface las exigencias de la crítica moderna, por más que la primera fuese, en el tiempo, en que salió á luz, una *revelacion* y hoy mismo parezca de utilidad grandísima, dado caso que no existe obra alguna que pueda con ventaja sustituirla.

Pero aparte de la falta de método, harto sensible, y de los reparos que la ciencia contemporánea ha puesto á algunas de las traducciones allí incluidas, ha de confesarse que la obra de Casiri, reducida al catálogo de los manuscritos árabigos de una Biblioteca, siquiera sea de las más ricas en este ramo, no puede suplir, sino en parte y muy indirectamente, la falta de una *Bibliografía árabe-española* completa, más necesaria á medida que adelantan los estudios orientales, tan interesantes para la historia de nuestra cultura. Á los arabistas españoles toca llenar este vacío, y uno de los más distinguidos, el Sr. Fernandez Gonzalez, está encargado oficialmente de completar y corregir el catálogo de Casiri, lo cual nos da esperanza de ver realizado ántes de mucho el comun deseo de nuestros eruditos, si, como creemos, el docto profesor no se limita á esta preliminar tarea, sino que emprende la formación del apetecido índice de autores árabes-españoles, ya conservados en nuestras bibliotecas, ya en las extranjeras. En cuanto á la obra de Rodríguez de Castro, superior en riqueza de noticias á las anteriores de Wolfio y Bartholoccio, táchanla no pocos hebraizantes modernos de superficial y poco exacta, y fuera de desear que entre la nueva generacion *masorética*, educada por el sabio doctor García Blanco, se hallase algun *bibliófilo*, docto, á la par, en la lengua santa y en sus afines y

(1) En alguna parte hemos leído que el Sr. D. Carlos Ramirez de Arellano, residente en Córdoba, tiene hechas adiciones á Nicolás Antonio.

derivadas, que tomase á su cargo las adiciones y enmiendas al trabajo de nuestro bibliotecario.

En la clase de *Bibliotecas corporativas* pongo en primer término las de *comunidades religiosas*, limitada alguna de ellas á España, generales las más y obra de autores extranjeros.

Por la parte considerable é interesantísima que encierran de nuestra bibliografía, son dignos de especial mencion los *Anales* franciscanos de Wadingo y su continuador Harold; la *Biblioteca* de la misma orden, formada por Fr. Antonio de San José; la excelente de *escritores dominicos*, de Quetif y Echard, á la cual precedieron los ensayos de Antonio Senense, Alfonso Fernandez y Fr. Ambrosio de Altamira; la *Carmelitana*, de Cosme de Villiers de San Estéban; el *Alphabeto Augustiniano*, de Fr. Tomás de Herrera; las *Bibliothecas cistercienses*, de Vischío y Muñiz, y otros ménos extensos y conocidos catálogos de autores pertenecientes á diversas órdenes, que no mostraron tanto esmero como las anteriores en la conservacion de sus Memorias literarias.

A todo lo cual deben agregarse las numerosas *historias* de las mismas sociedades monásticas, que, sin ser obras propiamente bibliográficas, encierran, no obstante, un tesoro de noticias acerca de no pocos escritores, siendo notables, en tal concepto, la *Crónica de la Orden de San Benito*, de Yepes, la que en muy elegante estilo escribió de los *jerónimos* el P. Sigüenza, y otras que fuera prolijo, y no parece necesario, enumerar. Pero ninguna Orden religiosa ha excedido á la Compañía de Jesus en lo esmerado y completo de su extensa y curiosísima bibliografía. Ya en 1608 publicóse en Amberes el catálogo de escritores jesuitas, formado por el ilustre P. Rivadeneyra. Continuáronle Nieremberg, Alegambe y otros egregios varones de la Compañía, así nacionales como extranjeros, y llegados los tiempos de expulsion y extrañamiento, dos jesuitas de la provincia de Aragon, emigrados en Italia, Diosdado Caballero y Onofre Prat de Sabá, formaron con notable diligencia sendos catálogos de los deportados españoles que tan gallarda muestra habían dado de su saber en todo linaje de ciencias y disciplinas. Á coronar todos estos ensayos, y otros que al presente no recuerdo, vino en 1859 la muy erudita *Biblioteque des écrivains de la Compagnie de Jesus*, publicada en Lieja por los PP. Agustin y Luis Backer, obra que adolece no obstante, sin duda por la dificultad de la empresa, de omisiones y áun yerros, por lo ménos en la parte española.

No ménos poderosos, influyentes, conspicuos y fecundos en ilustres escritores que las *Ordenes* fueron los llamados *Colegios Mayores*, muertos á mano airada por D. Manuel de Roda en tiempo de Carlos III. De los escritores salidos del seno de tales corporaciones, poseemos notable bibliografía, gra-

cias á la diligencia de Rezabal y Ugarte, y encuéntranse además noticias en la *Historia del Colegio Viejo de San Bartolomé de Salamanca*, que ordenó el marqués de Alvéntos.

Como incluidos tambien en la seccion *bibliográfica de corporaciones*, pueden estimarse los catálogos de escritores alumnos ó maestros de las Universidades de Salamanca, Oviedo, Zaragoza y Valencia, que acompañan á las *Memorias históricas* de dichas escuelas, publicadas en estos últimos años por los Sres. Doncel y Ordáz, Canelia y Secades, Boraó y Velasco, si bien tales apéndices son por su naturaleza hartó breves, y sólo pueden servir de índices ó registros para quien emprenda formar la *Bibliografía universitaria ibérica*, no intentada aún por nadie que yo sepa.

Mucho más rica que la seccion anterior, es la de *Bibliotecas Regionales*, en la cual comprendo las de reinos, provincias, comarcas y ciudades. Á continuacion va el índice de las que conozco, muy incompleto sin duda, pero que demuestra el grado de cultivo obtenido en España por esta rama de la erudicion *bio-bibliológica*.

PORTUGAL. Excede en este punto á las demas regiones peninsulares: posee la magna *Bibliotheca Lusitana*, de Barbosa Machado (á quien precedieron en su empresa Juan Franco Bareto, Jorge Cardoso y algun otro), y el admirable *Diccionario bibliográfico*, de Inocencio da Silva, que aumenta y corrige la obra de su predecesor y la continúa hasta nuestros días.

En la Biblioteca Nacional se conserva un manuscrito del Sr. D. Domingo Perez, relativo á los escritores portugueses que han escrito en lengua castellana.

VALENCIA. Sigue á Portugal en materia bibliográfica. Á parte de los ensayos hechos en el siglo XVII por Onofre Esquerdo y D. Diego de Vich, cuenta tres *bibliotecas* impresas: la del P. Rodriguez, continuada por el P. Savalls; la de Jimeno y la de su adicionador Pastor y Fustér, que la prosiguió hasta 1829. Hánse publicado además diversos opúsculos eruditos sobre puntos aislados de la historia literaria de aquel reino, y entre ellos *El teatro en Valencia*, de D. Luis Lamarca.

ARAGON. A ninguna de nuestras bibliotecas regionales cedería la de Latassa, si la falta de método y lo farragoso é indigesto del estilo no oscurecieran las cualidades de erudicion y exactitud que en ella resaltan. Esperamos que los iniciadores de la *Biblioteca Aragonesa* refundan, amplíen y terminen este trabajo. Acerca de la *Imprenta en Zaragoza*, conozco un curioso folleto del Sr. Boraó (1).

(1) A Latassa precedió en su empresa el cronista Andrés Ustarróz con un *Índice de escritores aragoneses*.

CATALUÑA. Aparte de otros catálogos anteriores de menor importancia, posee el *Diccionario de escritores catalanes*, de Torres Amat, ligero é incompleto, aunque rico en noticias, y el *Suplemento* al mismo, de Corominas y Aleu, que repara muchas de sus omisiones. Aún resta no poco que trabajar en la bibliografía del Principado, pero es de creer que agote la parte lemosina el docto bibliotecario señor Aguiló, en su obra premiada, há no pocos años, por la Biblioteca Nacional, aunque por desdicha no impresa todavía. Sobre escritores *gerundenses* existe una Memoria del Sr. Girbal.

ISLAS BALEARES. D. Joaquin M. Bovér ha publicado una extensa y erudita *Bibliografía* balear, de la cual se han hecho dos ediciones, muy aumentada la segunda, que puede considerarse como obra nueva.

Las regiones del Mediodía, Centro y Norte de la Península han sido en esta parte ménos afortunadas que Portugal y la corona aragonesa. Los estudios bibliográficos (con alguna excepcion) han sido más breves en Castilla, y muchos de ellos permanecen inéditos. Tengo noticia de los siguientes:

ANDALUCÍA. *Sevilla*.—Rodrigo Caro (*Claros varones en letras, naturales de Sevilla*), y sus continuadores D. Diego Ignacio de Góngora y D. Juan Nepomuceno Gonzalez de Leon, el analista Ortiz de Zúñiga, Arana de Varflora, ó séase el P. Valderama (*Hijos ilustres de Sevilla*), Matute y Gaviria, más que todos diligente; muchos contemporáneos nuestros, entre los cuales recordamos á los señores Colom, Alava, Asensio, Gomez Aceves, Laso, etc., y la *Sociedad de bibliófilos andaluces*, han acopiado innumerables datos para la bibliografía hispalense, siendo de lamentar que no se hallen reunidas en una obra de fácil manejo las noticias hoy dispersas en manuscritos, libros no frecuentes, prólogos y artículos de revistas. La Biblioteca Nacional premió tiempo atras la *Tipografía Sevillana*, del Sr. Escudero y Perosso.

Cádiz.—Sólo he visto el *Diccionario* de Cambiaso, sobremanera incompleto.

Córdoba.—*Hijos ilustres* de esta provincia, manuscrito del Sr. D. Luis M. Ramirez de las Casas Deza, conservado en la Biblioteca Nacional. Es más *biográfico que bibliográfico y crítico*.

CASTILLA LA NUEVA. *Madrid*.—*El Diccionario* de Alvarez Baena tiene de bibliográfico muy poco, y esto con frecuencia inexacto. Más que á los escritores atiende á los *nobles* nacidos en Madrid, á quienes, por el sólo hecho de serlo, considera *ilustres*, deteniéndose con fruicion á trazar sus *genealogías* y describir sus escudos de armas.

Toledo.—Es muy de sentir que el docto cronista de la imperial ciudad, Sr. Gamero, há poco difunto, no hubiese dedicado una parte de sus aprovechadas

tareas á la formacion de una *Biblioteca toledana*. Las únicas noticias que sobre el particular se han recogido, hay que buscarlas en su *Historia* y en las de otros analistas anteriores, que por incidencia traen algo aprovechable para la historia literaria.

Cuenca.—Posee, no un seco catálogo de ediciones, ni un fárrago de apuntes biográficos, como otras provincias ménos afortunadas, sino una serie de admirables estudios, modelos de erudicion y de crítica, que debieran ser luz y espejo de bibliógrafos y eruditos. Cuatro tomos de notable volumen lleva publicados el Excmo. Sr. D. Fermin Caballero, relativos á Hervás y Pandoro, Melchor Cano, el Dr. Montalvo y los hermanos Juan y Alfonso de Valdés. En ellos ha dado á conocer, no sólo la importancia científica y literaria de cada uno de sus personajes, sino las ideas y el espíritu de la época en que vivieron y la atmósfera intelectual que respiraron. La tipografía conquense queda asimismo ámpliamente ilustrada en el opúsculo *La imprenta en Cuenca*, del mismo autor (1).

EXTREMADURA. El Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes, infatigable explorador de las glorias de su país natal, es autor de un *Catálogo bibliográfico de obras útiles para la historia de Extremadura*, premiado por la Biblioteca Nacional, y hoy refundido en el *Aparato bibliográfico*, del cual sólo ha visto la luz el primer tomo. En él anuncia el Sr. Barrantes hallarse ocupado en una *bibliografía de extremeños ilustres*, que servirá de complemento á sus notables estudios.

CASTILLA LA VIEJA Y REINO DE LEON. Doloroso es decirlo, pero necesario. Las provincias castellanas y leonesas han manifestado escasísimo interes en la conservacion de sus memorias literarias. Segovia posee el apéndice de escritores que añadió Colmenares á su *Historia*. En los anales eclesiásticos y seculares de las demas capitales y poblaciones de importancia se encuentran esparcidas muchas noticias útiles, pero no expuestas con criterio bibliográfico ni en forma erudita. Ni aún ciudades de tan gloriosa historia como Valladolid y Búrgos, ni aún la *Atenas española*, foco de saber y de cultura, centro además de una escuela literaria en días no muy lejanos, han cuidado de formar sus catálogos bibliográficos. Si algo se ha intentado en tal sentido, son tan escasas la extension é importancia de los ensayos, que sus títulos y los nombres de sus autores se van de la memoria y de la pluma.

LAS ASTURIAS. *Asturias de Santillana ó Montaña de Santander*.—Sepárola de Castilla, con la cual no tiene otras relaciones que las puramente adminis-

(1) Bien lejano me hallaba yo, al trazar estas líneas, de tener que deplorar al pié la pérdida reciente y dolorosísima de este sabio, pérdida grande para las letras, inmensa para los que fuimos sus amigos.

trativas y las comerciales, y la asocio, como más afín, al Principado de Asturias. De extensión territorial harta reducida, pero con historia y costumbres propias, la comarca montañesa, patria nuestra muy amada, recuerda con orgullo no pocos blasones literarios, alcanzados por naturales y oriundos de su suelo. A pesar de haberse contado entre ellos eruditos y bibliógrafos tan eminentes como Floranes, el P. La Canal y La Serna Santander, ninguno pensó en registrar ordenadamente los trabajos científicos de sus conterráneos. Algo se ha intentado en nuestros días. La Biblioteca Nacional ha premiado en el presente año un *Diccionario de obras útiles para la historia de Santander*, obra de un extraño á nuestro país, el Sr. D. Enrique de Leguina, á quien debemos agradecimiento por su diligencia. Y aunque parezca de mal tono literario sacar á plaza el propio nombre, y más cuando éste es de sobra oscuro é insignificante; sabe usted, amigo mio, que me he propuesto formar una serie de monografías crítico-bibliográficas acerca de nuestros escritores, de la cual ha visto la luz pública el primer estudio dedicado á la apreciación de las producciones del ilustre santanderino D. Telesforo Trueba y Cosío.

Asturias de Oviedo.—A fines del siglo pasado, el docto canónigo de Tarragona Gonzalez Posada acometió la empresa de formar una *Biblioteca de escritores asturianos*. El primer bosquejo de su trabajo, remitido por él á Campomanes, ha visto la luz pública como anónimo en el tomo I del *Ensayo de una biblioteca española formado sobre los apuntamientos de Gallardo*. Extendidas con la brevedad que allí aparecen las primeras notas, dió Posada mayor extensión á sus trabajos, y con el título no muy propio de *Memorias históricas del Principado*, publicó un primer tomo que abraza sólo la letra A de su *Diccionario*, no limitado ya á los escritores, sino comprensivo de todos los asturianos ilustres. Perdióse en Tarragona, de la manera que usted sabe, el resto de su obra, harta farragosa y poco crítica, y hasta estos últimos años no se pensó en reparar su falta con una nueva *Biblioteca Asturiana*. Hála formado con diligencia suma el Sr. Fuertes, catedrático de este Instituto, y se guarda el manuscrito en la Biblioteca Nacional.

GALICIA. Existen: un *Diccionario de escritores gallegos* (lastimosamente interrumpido en su publicación), del Sr. Murguía; un *Catálogo de libros útiles para la historia de aquel reino*, formado por el bibliotecario de la Universidad de Madrid D. José Villamil y Castro, y el ensayo (manuscrito en la Biblioteca Nacional) *Sobre la imprenta en Galicia*, del Sr. Soto Freire.

No tengo noticia de más bibliografías peninsulares, faltando entre otras (y es falta notable en provincias tan apegadas á sus tradiciones) la *vasco-*

navarra, para la cual sólo se hallan noticias sueltas esparcidas en muy desemejantes libros y folletos (1).

Existen además las siguientes *Bibliotecas* americanas, sin otras que de seguro no habrán llegado á mi conocimiento:

General. Bibliotheca americana vetustissima, de Harrise.—*La imprenta en América*, del mismo.

MÉJICO. Aparte del ensayo dado á la estampa en el siglo pasado por Eguiara y Eguren, posee el antiguo imperio azteca, joya de la corona castellana en más felices días, la excelente *Biblioteca americana septentrional*, de Beristain y Souza, digna de ser puesta en parangon con las de Inocencio da Silva, Fustér y Latassa.

ISLA DE CUBA. En la Biblioteca Nacional se conserva un manuscrito moderno, más biográfico que bibliográfico, acerca de los ingenios nacidos en esta colonia. No recuerdo el nombre de su autor.

REPÚBLICAS DEL SUR. No se han publicado bibliografías general ni especiales, pero sí unos extensos *Ensayos biográficos* acerca de sus poetas, obra del Sr. Torres Caicedo.

Con intento más científico que el de las *bibliotecas regionales*, se han formado en España algunas por orden de materias. Su número es por desgracia harta breve. Entre ellas merecen especial recuerdo la *Historia bibliográfica de la medicina española*, de Hernandez Morejon, y la que con el título de *Anales* publicó D. Anastasio Chinchilla; *La botánica y los botánicos de la península hispano-lusitana*, obra del Sr. Colmeiro (D. Miguel); la *Biblioteca mineralógica*, de los Sres. Maffei y Rua Figueroa; el *Diccionario de bibliografía agronómica*, de don Braulio Anton Ramirez; la *Biblioteca Marítima*, de Navarrete; la *de Economistas*, del Sr. Colmeiro (D. Manuel); la *de Historiadores del reino, ciudades, villas, iglesias y santuarios*, de D. Tomás Muñoz Romero; el admirable *Catálogo del teatro antiguo español*, del malogrado y eruditísimo La Barrera, libro que en saber y diligencia deja muy atras los ensayos antecedentes. Si á estas siete obras, nacidas las más de los concursos de la Biblioteca Nacional, agregamos la comenzada *Biblioteca de traductores* de Pellicer; el *Catálogo de piezas dramáticas anteriores á Lope de Vega*, que acompaña á los *Orígenes del Teatro Español*, bellísimo estudio de Moratin; el *Índice del teatro del siglo XVIII*, que puso el mismo egregio dramaturgo al frente de sus *Comedias*; los muy copiosos y esmerados *Catálogos de pliegos sueltos y libros que contienen romances*, unidos por el sabio Durán á la

(1) No hacen excepcion los *Varones ilustres alaveses*, de Landazuri (blanco de las iras de nuestro Floranes), el *Diccionario biográfico de encartados*, de D. Martin de los Héros, ni los estudios sueltos de varios bibliófilos bilbainos. También hay noticias útiles en *Los Vascongados*, del Sr. R. Ferrer.

última edición de sus *Romanceros*; los de *Poemas heróicos, místicos, históricos, burlescos, etc.*, publicados por los Sres. D. Cayetano Rosell y D. Leopoldo A. de Cueto (1) en los tomos XXIX y LXVII de la Biblioteca de Autores Españoles; los *Índices cronológicos de dramáticos del siglo XVII*, incluidos en la misma colección por el Sr. Mesonero Romanos; el de *Libros de caballería españoles y portugueses*, del Sr. Gayangos; y descendiendo á trabajos de menor extensión é importancia, la *Biblioteca militar española*, de García de la Huerta, y el *Catálogo de escritores de veterinaria*, del Sr. Llorente y Lázaro, tendremos casi completa la lista de las monografías bibliográficas por orden de materias dadas hasta hoy á la estampa. Pero inéditas se conservan algunas más, premiadas ó adquiridas casi todas por la Biblioteca Nacional, cuales son: el *Catálogo de escritores de Bellas Artes en España*, del Sr. Zarco del Valle; el de *Relaciones y Fiestas*, de D. Genaro Alenda, inteligentísimo ordenador de la sala de *Varios* de dicho establecimiento; la *Monografía acerca de las colecciones de refranes*, obra del Sr. Sbarbi, que se dispone á publicarla; á par de la rica y curiosa colección que con el título de *Refranero* da á la estampa, llevando ya impresos cinco volúmenes; el *Catálogo de periódicos*, del Sr. Hartzenbusch (D. Eugenio); el de *Escritores de matemáticas en el siglo XVI*, formado por el Sr. Picatoste; el muy rico y extenso del *Moderno teatro español*, de D. Manuel Ovilo y Otero; la *Biblioteca jurídica*, de Fernandez Llamazares, y la de *Poetas líricos antiguos y modernos*, citada sin indicación de su autor en la Memoria de la Biblioteca Nacional correspondiente á 1872.

En punto á índices y catálogos de Bibliotecas públicas y particulares, con mencionar, aparte de los *registros* é inventarios de diversas colecciones formados en los siglos XV, XVI y XVII sin rigor bibliográfico suficiente (2), el Casiri ya citado, la excelente *Bibliotheca Græca-Matritensis*, de Iriarte (D. Juan), trabajo el más esmerado que ha salido de manos de nuestros helenistas, el *Índice de los manuscritos españoles conservados en las Bibliotecas de Roma*, de Hervás y Panduro, el *Catalogue of the Spanish Mss. in the British Museum*, del Sr. Gayangos, el de *Manuscritos españoles de las Bibliotecas de París*, dado á la estampa años há por don Eugenio de Ochoa, los diversos *Índices* de la Universidad de Salamanca, y los tres riquísimos y extensos *Catálogos* de nuestro La Serna Santander

(Bruselas, 1803, 5 volúmenes), del marqués de Morante y de Salvá, tendremos expuesto lo más notable que sobre el particular recuerdo.

A estas seis especies de *bibliotecas* pudieran añadirse otras dos, la de *épocas* y la de *sectas religiosas*. Pero no habiendo de la primera clase más ejemplos que el *Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores españoles del reinado de Carlos III*, de Sampere y Guarinos, y los dos *Diccionarios* de autores del siglo XIX, ya mencionados, y estando limitada por hoy la segunda á la admirable *Biblioteca Wiffeniana* del sabio profesor de Strasburgo, doctor Bohemer, relativa á los protestantes españoles del siglo XVI, no he juzgado necesario hacer clase aparte de tales libros. Por razón análoga omito las bibliografías especiales de cada autor, de su escuela, discípulos, imitadores, etc.; pues fuera de la *Biblioteca Lubiana*, de Roselló, inédita todavía, no conozco ninguna que forme libro aparte, dado que suelen acompañar como apéndices á las monografías *crítico-bibliográficas* de cada autor, que citaré en sazón más oportuna (1).

A todo este arsenal erudito han de añadirse las bibliografías generales de Brunet, La Serna Santander, Hain y tantos otros que fuera prolijo citar aquí, libros de indispensable consulta, debidos en su mayor número á autores extranjeros.

Tal es (salvas inevitables omisiones) el caudal bibliográfico hoy existente. ¿Cuál de los métodos hasta ahora adoptados para la composición de este linaje de obras es más *científico*, más útil y satisface mayor necesidad en España? No dudo responder que el de *materias*. La Bibliografía general es, hoy por hoy, imposible en España como en todas partes. Debe ser el *desideratum* de la erudición y de la crítica; pero no conviene empeñarnos en tentativas directas, y sin duda infructuosas, para conseguirlo. Deben fomentarse los trabajos eruditos acerca del movimiento intelectual en cada una de las regiones de nuestra Península, para que por tal camino se conserve la *autonomía* científica y literaria de que algunas ciudades, como Barcelona y Sevilla, disfrután; adquieran otras la independencia, carácter y vida propia de que hoy, á pesar del número y calidad de sus ingenios, carecen; crezca en nosotros el amor á las glorias de nuestra provincia, de nuestro pueblo y hasta de nuestro barrio, único medio de hacer fecundo y provechoso el amor á las glorias comunes de la patria, y sea posible contrarestar esa funesta *centralización* á la francesa, que pretende localizar en Madrid cuanto de vida literaria existe en todos los ámbitos del suelo español, borrando

(1) Formada tiene este eminente literato una *Reseña bibliográfica de poetas del siglo XVIII*, que sería de desear viese la pública luz.

(2) Véanse, entre otros, los de las librerías del Príncipe de Viana, la Reina Católica, Zurita, Antonio Agustín, Paez de Castro, etc. Entre todos descuella el *Registrum* de D. Fernando Colón, trabajo ya verdaderamente de *bibliófilo*.

(1) Trabajos bibliográficos sueltos de notable importancia dieron á la estampa, entre otros que en sazón oportuna recordaremos, los señores D. Benito Maestre y D. Luis Usdi y Río, sin rival el segundo en el conocimiento de las obras de nuestros heterodoxos del siglo XVI.

por ende toda diferencia y todo sello local, para obtener en cambio una ciencia y un arte reflejos pálicos de la ciencia y del arte extranjeros, no pocas veces antipáticos y repulsivos á nuestro carácter. Aparte de esta capital consideracion, los catálogos de escritores provinciales conducirán en un término lejano á la formacion de la bibliografía general; los estudios sobre la imprenta en cada una de nuestras ciudades formarán unidos la *Tipografía Española*, y los índices de libros útiles para la historia particular son materiales para el *Aparato bibliográfico á la historia de España*, obra que falta aún, como asimismo faltan el *Arqueológico* y el *Diplomático*, trabajos preparatorios indispensables, sin los cuales, y numerosas colecciones de documentos á más de las existentes, nunca lograremos poseer una *Historia* completa, erudita y digna de su nombre.

Pero aún más necesarias que las Bibliotecas regionales, de las cuales existe al cabo gran número, son las compuestas *por materias*, muy escasas todavía en España, libros que satisfacen de lleno las condiciones que la historia literaria tiene derecho á exigir de la bibliografía, pues su unidad interna no está limitada por las condiciones de tiempo y espacio, sino por la naturaleza de cada rama del saber, apareciendo los escritores en ellos incluidos como eslabones de la misma cadena. De este género de bibliografías, formadas con los requisitos que señalé al principio de la presente carta, es muy fácil el tránsito á las monografías histórico-críticas.

Por desgracia, consideraciones materiales de poco levantada índole limitan en España, del modo que usted sabe, la produccion de libros eruditos. No hay público para esta clase de trabajos, y su impresion, con frecuencia harto costosa, suele no ser accesible á las fuerzas de un particular, que teme empeñar sus recursos en un libro de difícil ó dudosa venta. Por tal razon hallo digna de toda alabanza la institucion de premios anuales para este objeto en la Biblioteca Nacional, institucion provechosísima de que nuestras letras son deudoras al insigne erudito Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe. En el escaso tiempo transcurrido desde el primer concurso hasta hoy, ha dado por naturales frutos un número de obras bibliográficas superiores en extension y en importancia á cuanto se había trabajado en España en el medio siglo antecedente. Algo se ha detenido este movimiento desde el año 67, por una causa verdaderamente lamentable que dará ocasion á la muerte de toda actividad bibliográfica, si pronto no se acude al remedio. Desde aquella fecha no se ha impreso una letra de ninguna de las obras premiadas, y, lo que es aún más de sentir, ha quedado incompleto el importantísimo *Ensayo* de Gallardo, Zarco del Valle y Sancho Rayon. ¿Cuál es la causa de semejante atraso? Lo ignoro: tal vez los malos tiempos

que hemos corrido; tal vez la indiferencia con que en España se miran estas cosas. Pero si afirmo que de no remediarlo presto quien puede y debe, darase ocasion á que el público no pueda apreciar el acierto del Jurado en sus calificaciones, confiscarse en provecho de los pocos literatos que en Madrid residen y pueden á toda hora concurrir á la Biblioteca Nacional lo que debiera ser patrimonio comun de la erudicion española, harase cada dia más difícil el conocimiento de nuestras riquezas literarias, y á la postre faltarán concurrentes á los premios, pues no es grande estímulo la mezquina recompensa pecuniaria á ellos aneja, ni aún la entrada en el cuerpo de Bibliotecarios, para que consienta nadie en enterrar en la sala de manuscritos una obra, fruto tal vez de largos afanes y vigias.

Es, pues, urgentísima la publicacion de los trabajos hasta hoy premiados, y si arredrare á la Superioridad el escasísimo coste de tal empresa (pues aquí para todo lo útil se tropieza con dificultades inconcebibles, al paso que nadie para mientes en los gastos que ocasionan tantas y tantas cosas superfluas), creo que fuera preferible suspender por algunos años los concursos y publicar en tanto las obras existentes, á dejar de cumplir lo que se anunció en las condiciones de los concursos como *parte* (y la más esencial) del premio.

Pero tal vez se me dirá: ¿A qué tanta proteccion á esos estudios? ¿A qué fomentar la composicion de obras bibliográficas, cuando existen tantas como ya dejo citadas, aparte de las muchas que habré omitido? ¿No se ha trabajado bastante en ese campo? ¿Quedan aún puntos sin explorar? ¿No sabemos bastante de nuestros escritores? La respuesta es muy sencilla: á continuacion va el índice de *algunos* de los Diccionarios bibliográficos que nos faltan todavía. Elijo sólo aquellas materias de mayor y más reconocido interes, prescindiendo de otras muchas que solicitan de un modo ménos imperioso la curiosidad erudita:

- | | |
|---|------------------|
| | } Escriturarios. |
| 1. Biblioteca de Teólogos..... | } Escolásticos. |
| | } Dogmáticos. |
| | } Moralistas. |
| 2. — De Místicos y Ascéticos. | |
| 3. — Filósofos. | |
| 4. — Moralistas no teológicos. | |
| 5. — Jurisperitos | } Civilistas. |
| | } Canonistas. |
| 6. — Políticos y tratadistas de Filosofía política. | |
| 7. — Escritores de Alquimia, Química y Física. | |
- (Pudieran dar materia á dos *Bibliotecas* cuya formacion incumbe de derecho á mi sabio amigo y maestro en materia bibliográfica D. José R. de Luanco, autor de la excelente monografía acerca de *Raimun-*

do *Lulio considerado como alquimista*, y al Sr. Rico y Sinobas, ilustrador doctísimo de las obras científicas del Rey Sabio.)

8. — Zoólogos.
9. — Geógrafos y Cronologistas.
10. — Arqueólogos.
11. — Historiadores generales y *de sucesos particulares*.
12. — Historiadores de órdenes religiosas y monasterios, Genealogistas, etc., etc. (Sobre el segundo de estos grupos existe la *Bibliotheca Genealógico-Heráldica*, de Franckenau, ó sea D. Juan Lúcas Cortés; pero es muy incompleta) (1).
13. — Estéticos, preceptistas, críticos é historiadores de la literatura.
14. — Orientalistas.
15. — Humanistas.
16. — Autores que han escrito de ó en lenguas exóticas.
17. — Poetas españoles que han escrito en griego, en latin ó en alguna de las lenguas vulgares no habladas en la Península Ibérica.
18. — Líricos castellanos, galáico-portugueses y lemosines.
19. — Poetas épicos.
20. — Novelistas.
21. — Biógrafos y Bibliógrafos.
22. — Anónimos, pseudónimos, plagiarios, curiosidades literarias. (Obra análoga al excelente *Diccionario de supercherías bibliográficas*, de Querard.)
23. — Heterodoxos españoles. (Completar á Bohemer con la noticia de todos los que en Iberia extravagaron de la fe católica ántes y despues de la *Reforma* protestante del siglo XVI.)
24. — Biblioteca de Traductores de lenguas clásicas y de poetas modernos. (Llevo muy adelantada esta *Biblioteca*.)
25. — Traductores de idiomas vulgares.
26. — Escritores oriundos de España aunque hayan nacido y escrito en país y lengua extranjeros. Escritores extranjeros que han usado cualquiera de las lenguas peninsulares en todos ó en alguno de sus escritos.
27. — Autores extranjeros que han escrito de cosas de España.
28. — Matemáticos ibéricos anteriores y posteriores al siglo XVI.
29. — Escritores de arte militar y otros asuntos análogos.
30. — Autores cuyas obras se han perdido.
31. — Escritoras españolas.

(1) Citase otra de Salazar y Castro que no hemos visto.

Usted, amigo mio, ha de darnos ántes de mucho esta obra, digna, sin duda, de su erudicion, ingenio y acrisolado juicio.

Cuando esté realizado todo ó la mayor parte de este programa, podrá decirse con fundamento que la bibliografía española queda ámpliamente ilustrada. Hasta tanto, y miéntras sigamos ignorando la mitad de nuestro pasado intelectual, no me cansaré de solicitar proteccion y apoyo para este linaje de estudios, de suyo áridos é ingratos, que reportan fatigas considerables, aunque no honra ni provecho.

En mi próxima epístola trataré del segundo medio de promover el estudio de nuestra historia científica, ó sea *de las monografías expositivo-críticas*.

Queda de usted apasionado amigo y paisano.

M. MENENDEZ PELAYO.

Santander, Junio de 1876.

HIGIENE SOCIAL.

EL PRIMER PROBLEMA.—CONSTRUCCION DE CASAS PARA OBREROS.

I.

En ocasion distinta de la presente, hemos demostrado: primero, que el hombre se ofrece á la consideración de la ciencia y arte de la vida bajo este triple punto de vista, físico, moral é intelectual, y que, por lo tanto, sus particulares fines se manifiestan al exterior como exigencia práctica en tres géneros de necesidades, físicas, morales é intelectuales, respectivamente; segundo (relacionando ya esta doctrina con la higiene social), que el secreto para satisfacerlas en nuestros obreros se encierra en esto: *casas económicas, régimen alimenticio reparador, instruccion suficiente*. Dando esto por supuesto, me ocuparé hoy del primer problema, uno de los más graves que ha planteado en nuestros dias, ántes que la ciencia sociológica, el profundo mal-estar real de los trabajadores industriales, hacinados do quiera en angostos é inmundos tugurios, sin aire, sin luz, sin cielo, sin calor y rodeados de todo linaje de miserias.

Vana quimera es querer buscar en una nacion cuyos habitantes pobres ocupan casas peligrosas por sus condiciones contrarias al orden material, social y moral, el adelantamiento de las ciencias, ni los progresos de la industria, ni el brillo de las artes, ni garantías sólidas para la salud, ni un satisfactorio estado sanitario permanente, ni el respeto á la ley, ni los nobles sentimientos, ni las buenas costumbres, ni nada que demuestre un alto grado de cultura. Corrobora nuestro aserto la comparacion

entre los pueblos del Asia con los de Europa, probándonos patentemente la estadística que allí donde el obrero no tiene una casa algo cómoda ó salubre, allí también la civilización se apaga, los crímenes y los trastornos sociales aumentan. De aquí los útiles proyectos para fundar ciudades ó barrios obreros (*cités ouvrières ó model-houses* de los franceses é ingleses), bajo cuyos nombres se comprende un conjunto de casas-modelo construidas *ad hoc*. Su objeto es corregir los tristes resultados inherentes á las malas habitaciones, sustituyéndolas al efecto por otras cómodas y baratas, que faciliten al proletariado lo más indispensable para la vida, previo el pago de un módico alquiler.

Antes de pasar más adelante, conviene hacer una ligera reseña histórica acerca del estado en que se encuentran las casas para obreros en la culta Europa.

II.

Hubo un tiempo en que la penuria del Tesoro público y el cúmulo de miserias que pesaban sobre las principales potencias de Europa sirvieron de rémora para la fundación de barrios ó ciudades obreras, cuya feliz idea nació en la Gran-Bretaña á mediados del año de 1840. Desaparecidos tales óbices se dió principio á esa obra salvadora para el pobre, con aplauso universal. En Italia fué donde se han echado los primeros cimientos de tan benéficas edificaciones, cuya gloria nadie puede disputarle. El año de 1842 construyó un *Albergo de Poveri* (en Nápoles), vasto edificio compuesto de seis pisos y capaz de contener 3.000 personas.

En Inglaterra el año de 1844, y bajo el patrocinio de la reina, se nombró una comisión competente encargada de estudiar con madurez este vital asunto dentro y fuera de la ciudad, presentando los planos respectivos. El arquitecto Enrique Roberts ha publicado una brillante Memoria con el título de *The dwelling of the labouring classes*, escrito que tuvo una gran aceptación y que mereció ser traducido al francés por disposición gubernativa. Inglaterra tiene actualmente ocho barrios principales para obreros, diseminados por distintos puntos de la Metrópoli: cuatro pertenecían á la *Sociedad para el mejoramiento de las clases laboriosas*, dos á la *Sociedad metropolitana de las clases industriales*, otro es fundación de un venerable pastor, auxiliado de algunas personas caritativas, y el último ha sido creado por lord Kinnaird.

En Groinga, el año de 1845, fundóse una Sociedad benéfica con un capital de 35.000 florines, tomando el 4 por 100 de interés anual; construyó cien casitas distribuidas entre los barrios de la ciudad, arrendándolas á la Junta de Beneficencia, quien solamente puede subarrendarlas á las familias obre-

ras por un precio exiguo. El cielo ha bendecido esta obra caritativa y de amor hácia el prójimo, pues al cabo de cuatro años, ó sea en 1849, además de tener ya cubiertos todos sus gastos, había amortizado la décima parte del capital.

En Berlín funciona desde 1847 una Sociedad parecida á la anterior, allegando recursos con las acciones industriales y los donativos particulares. El 49 llevaba edificadas 300 casas, las cuales se alquilaban inmediatamente. Para ser admitido como inquilino, se necesita contar cinco años de residencia en Berlín, poseer un mobiliario, ejercer un oficio ó profesion y observar buena conducta. Por una combinación financiera especial; el inquilino es propietario de la casa que habita al cumplir los 30 años.

En Bruselas, por real decreto del 15 de Setiembre de 1849, se aprobó la contrata hecha por monsieur Gomand, rico propietario, para construir casas de obreros en el pueblo de Iselles.

En Bélgica hay grandes barriadas para obreros, tales como el Gran-Horno, y otras que ocupan los cantones de Conchant, Mons y Charleroi, donde viven cómodamente más de 40.000 carboneros. Hé aquí los nombres de las Sociedades carboneras que tienen casas para obreros y el número de éstas: *Gran-Horno*, 469; *Oesie*, 211; *Horno y Nasmes*, 114; *Bien del Corazon*, 45; *Granæ máquina de dorar al fuego*, 34; *Levante de Flenu*, 33; *Chachet-Piegnery*, 13; *Productos*, 7; *Longterne-Ferrand*, 4: total 930. Los braceros acusados por el delito de tumulto ó coalición no pueden pertenecer á ninguna de las referidas Sociedades.

En Francia la construcción de casas para obreros data de pocos años despues de la revolución del 48, que agitó profundamente el mundo de las ideas. Así, á fines de Setiembre del 51, Juan Zuber (hijo) leyó en la Sociedad industrial de Mulhouse una luminosa disertación llena de pequeños detalles y abundante en discretos proyectos para proporcionar á las clases jornaleras habitaciones salubres, cómodas y baratas. El año de 1865, las casas allí construidas hasta entónces sufrieron un cambio radical en sus condiciones higiénicas, con general sorpresa de propios y extraños. ¿Cómo pudo resolver tan árduo problema? Fácilmente. Con solo un capital de 355.000 francos, y percibiendo un interés razonable, veinte hombres, deseosos de hacer bien, han erigido en ménos de diez y siete años 3.000 casas alegres y sanas, donde pueden vivir otras tantas familias y considerarse propietarios cientos de obreros, sin cuya halagüeña cualidad no se adquieren hábitos de orden y economía, ni se comprenden los deberes, ni saben apreciarse los goces familiares. Los industriales, al emprender una obra tan provechosa, utilizaróense por el pronto de los mejores ensayos conocidos, comparando despues los tipos pre-

feribles para casas bajo el aspecto económico de su rentamiento anual, y principalmente de las ventajas que debían reportar á las clases pobres; inspirándose aquellos en una verdadera filantropía incompatible con las bastardas miras especulativas, gastaban el cuádruple de la suma indicada distribuyendo socorros gratuitos entre sus obreros; pero la fundación de las ciudades que nos ocupan ha hecho más tarde innecesario ya tamaño desprendimiento. ¡Cuántas maravillas pueden hacer los hombres animados por una buena voluntad!

No es mi propósito descender á pormenores sobre la sencilla organización de esta floreciente Sociedad, cuyos ingeniosos estatutos deben conocer los gobiernos ilustrados y previsores. Construir casas convenientes, abaratando el precio de sus alquileres más de los que se pagan por otras habitaciones insanas; facilitar al obrero la adquisición de la casa donde vive, trascurrido un breve plazo, haciéndole propietario fijo del país que le vió nacer; hé aquí el *disideratum* en economía social realizada por la bella *Mulhouse*.

En el Fleranet (Francia) existe un pequeño barrio para obreros llamado de *Villeneuveville*, y construido por los fabricantes de paños en tiempo de Colvert. Edificaciones análogas forman actualmente una dependencia de algunas manufacturas en Inglaterra, Bélgica, Prusia y Austria.

La Administración francesa no ha correspondido al noble deseo de su jefe, el que por decretos del 22 de Enero y 27 de Marzo de 1852, destinó diez millones de francos para mejorar los domicilios obreros. Esta respetable suma invirtióse sin resultados apreciables.

En París las casas para obreros son propiedad de un comité exclusivamente trabajador. Este, presidido por M. Chabaud, antiguo presidente de las comisiones obreras reunidas en la Exposición Universal celebrada en Londres en 1862, ha construido sin arquitecto ni empresario un gran número de habitaciones para su uso, gracias á un donativo de 20.000 francos. La casa colectiva constituye el ideal para los operarios de la nación vecina. El Familistero de Guisarre presenta un cuartel decorado con un nombre pomposo. Su coste es de 800.000 francos. La *Sociedad cooperativa y mobiliaria de París* estuvo dirigida por Estanislao Ferrande. De estilo compuesto, su fachada es de ladrillos caprichosos, hermozeando su exterior columnas ó pilastras pertenecientes al orden corintio.

En 1867 y bajo la dirección de M. Degrand, Napoleón III mandó construir, entre el boulevard de Rapp y el de Labourdonnaje, un grupo de cuatro casas para obreros. Parecía casi imposible presentar en la última Exposición Universal de París algunas viviendas de segundo tipo con tres pisos; pero la ge-

nerosidad y la magnificencia de aquella augusta persona vencieron cuantos obstáculos se oponían á la realización de tan magnífico pensamiento, construyéndose un grupo de casas modelo en el campo de Marte. Figuraos un cubo inmenso con cuatro metros de fachada por 74 de profundidad, constando de cuatro casas justa-puestas é igual número de pisos, que parecen al primer golpe de vista forman uno solo, y tendreis una idea de esta admirable construcción.

En España no faltaron proyectos de barrios para obreros. Por Real orden de 9 de Setiembre de 1853, refrendada por el Sr. D. Pedro Egaña, celoso ministro de la Gobernación entónces, se dispuso edificar casas para obreros en Madrid y Barcelona; pero nada se hizo. Con motivo del ensanche de la corte y de la escandalosa subida en el precio de los alquileres de las casas (Julio de 1863), agitóse nuevamente la misma cuestión sin resultado alguno. En 1869 anunció la prensa periódica que el municipio de Madrid había acordado utilizar con igual objeto los vastos solares existentes en las Ventas del Espíritu-Santo, y en 1871 asegurábase se había encargado á un arquitecto los planos y estudios necesarios para construir un barrio de obreros cerca de la cuesta de Areneros. ¡Especiosos proyectos que no llegaron á realizarse, sufriendo todos la misma suerte!

Examinaremos ahora las irrefutables influencias de las casas para obreros bajo el triple punto de vista social, moral y sanitario ó higiénico.

III.

En todo tiempo y lugar las infestas moradas donde vivían los obreros constituyeron para la sociedad un peligro grave, sobre el cual han fijado su atención los hombres pensadores, convencidos, ahora más que nunca, por una larga experiencia, de que proporcionar buenas viviendas á las clases laboriosas es hacer la mejor ley de orden público. Nada más evidente.

Hemos dicho atrás, apoyándonos en los principios fisiólogo-sociales, que el hombre se agita siempre y cuando no puede satisfacer sus primeras necesidades. En tal concepto, aplicando iguales principios á la población obrera, agítase ésta en virtud de una serie de causas predisponentes, ocasionales ó determinantes, las cuales obran fatalmente sobre la personalidad humana, produciendo una desigualdad de derechos orgánicos, permítaseme la frase, entre los pulmones del rico comparados con los del pobre. Y como todo se enlaza en la Economía, esta desigualdad trasciende naturalmente al estado psicológico ó moral del obrero, con menoscabo del deber; esto es, desarrolla ciertos sentimientos, ciertos deseos, ciertos gustos y ciertas pasiones. De aquí la aparición en las filas jornaleras de una gra-

ve enfermedad contagiosa (fisiológica ó instintiva, y psicológica ó moral) que, refiriéndola á las principales ciudades, la llamaríamos, atendida su naturaleza, *caquexia urbana*, caracterizada, ora por la falta de aire, de espacio ó de luz, elementos indispensables para la conservacion del cuerpo, ora por la ausencia de las virtudes ó de las nobles facultades que sostienen la vida del espíritu, máxime en las sociedades humana modernas, donde la civilizacion, que nos enseña á dominarnos, parece, sin embargo, perderse dentro del agitado mar de las pasiones, ó entre monstruosos ideales, que, removiendo incesantemente el fondo de las capas inferiores, pervierten y corrompen el sentido moral, retardando el predominio de la razon y de la verdad, al cabo triunfantes.

Habrá treinta años próximamente que algunos publicistas extranjeros, fijándose en las condiciones de las clases necesitadas, concluyeron por afirmar que sus malas viviendas eran furiosas madrastras que alimentaban con afán á sus pechos desde el simple motin hasta la anarquía más completa; desde el descontento hasta la guerra más encarnizada de clases; desde los errores sociales hasta las doctrinas más disolventes, estando combatidas á cada paso por procelosas corrientes subterráneas. De aquí que pidieran á voz en grito la reforma de las casas ocupadas por los trabajadores manuales.

Abundando en las mismas ideas algunos eruditos médicos ingleses, alemanes y franceses, suscitaron un amplio y acalorado debate en la Academia, en las Cámaras, en el periódico, en el folleto y en el libro sobre las fatales consecuencias producidas por los albergues incómodos é insalubres donde se alojaban las clases obreras, tomando por punto de partida su vigor físico y moral, ó, en otros términos, la salubridad pública, el espíritu de familia, la progresion creciente en el precio de los alquileres, las innumerables dificultades con que luchan las clases laboriosas para disponer de una habitacion algo conveniente, y, por último, el malestar del proletariado. Esos activos adalides científicos, coleccionando sus trabajos prolijos, formaron una ley comun en virtud de la que estaba resuelto un asunto asaz trascendental y de suma importancia. Ellos, y sólo ellos, han redoblado sus esfuerzos hasta introducir la reforma de las reformas, cuyo objeto era mejorar las viviendas de los trabajadores manuales, base solidaria de toda tentativa seria, ideada para poner remedio á su situacion. ¡Reforma fecundante en bienes, digna de formar época en la historia contemporánea, porque envuelve el mayor progreso!

Algunos espíritus sistemáticos ó asustadizos han combatido la idea de erigir ciudades ó barrios de obreros, objetando que, conteniendo dentro de sus recintos un número más ó ménos considerable de

braceros aislados con la sociedad general, enardecen los ánimos de las masas populares contra los ricos; que su aglomeracion altera el orden público; que allí tienen lugar reuniones ruidosas ó conciliábulos sediciosos, fecundos criaderos de planes maquiavélicos; que la indisciplina tumultuaria refúgiase comunmente entre la muchedumbre que vive en conjunto sin regla alguna gerárquica; que el ahorro resultante de esta mejora es gastado por los obreros en alegres bacanales; que el continuo roce de los buenos trabajadores pacíficos con otros discolos, ó su amistad reciproca, atenta contra las costumbres morigeradas y el sosiego de las familias; que los jornaleros rehusarían ocupar unos domicilios en donde se exige la observancia de una severa disciplina, sin consentirse el menor desorden; que la administracion de estas casas es difícil, en fin, por la resistencia que opondrían los inquilinos recalcitrantes á su salida ó expulsion, promoviendo así fuertes escándalos. Lo contrario es lo cierto.

Estas construcciones de moderno invento entrañan un espíritu eminentemente filántrópico. Desde su origen, léjos de ser una causa de peligro contra el orden social, han evitado los trastornos anejos á las grandes aglomeraciones de individuos en los centros industriales ó manufactureros, rechazando de su seno á las naturalezas turbulentas. Sin querer sacar deducciones absolutas, que no son simples coincidencias ni tienen nada de fortuitas, ello es que los pueblos desprovistos de casas *ad hoc* para los obreros, están algo trabajados por las huelgas y los disturbios sociales.

Así, Alemania, Suiza y los Estados-Unidos deben á sus *Model-houses* tener ahora obreros inteligentes, pacíficos, laboriosos, sóbrios y morales que viven dentro de su suelo, en vez de obreros nómadas, agitadores ó intransigentes, afiliados en el bando demagógico y propensos á lanzarse al terreno de la fuerza con tal de adularlos ó halagar sus pasiones con doradas promesas.

Gracias también á ese medio, los barrios populosos de Londres están habitados actualmente por un vecindario trabajador y pacífico, que alimenta con sus robustos brazos las muchas fábricas de su industria, contribuyendo con sus fuerzas á la riqueza nacional y con su respectiva cuota al pago de los gastos municipales ó generales.

No de otro modo se ha regenerado la poblacion obrera del Alto Rhin, de Beaucourt, de Colmar y otras ciudades. La Sociedad industrial de Mulhouse, con la realizacion de su soberbio proyecto, convirtió á casi todos sus jornaleros de demagogos en operarios templados, hábiles y probos, borrando de sus muros (como refiere oportunamente el conde Foucher de Careil) la inscripcion escrita por el Dante á

las puertas de su infierno, para sustituirla con la siguiente, que revela un sublime mundo de amor y concordia:

*Per me si va nella città felice,
Per me si va tra la redempta gente,
Giustizia mosse'l mio alto fattore,
La somma sapienza e'l primo amore.*

IV.

Algunos moralistas extranjeros han contribuido igualmente á la mejora de las habitaciones obreras, dirigiendo su objetivo hácia la restauracion de la familia, que estaba en peligro de muerte.

La casa (domus), considerada bajo el punto de vista moral, tiene una virtud singular, como la patria tiene tambien la suya. Ella representa una enérgica fuerza colectiva, que atrae á los ancianos y adultos, á los niños y á las mujeres sin distincion de clases. Allí arde dentro de sus paredes un fuego sagrado, un *quid divinum* que, comunicándose á la sangre y circulando por las últimas arterias del pensamiento, aumenta la sensibilidad, excita el corazon al bien y conmueve provechosamente el organismo humano. De tan sabio conjunto brota un manantial perenne de dulces, tiernas y puras afecciones, cristalizadas por el espíritu ó sentimiento de la vida en familia,

¡Hogar! ¿Qué significa esta palabra sacramental que extasia el alma, funda la familia y la moraliza, conservándola? Más fácil de sentir que de explicar, pudiera definirse tomada en un sentido filosófico: es una fuerza de poderosa resistencia é influjo, constituida por la familia, cuyos miembros con su concurso le imprimen un sello especial, resultante de sus componentes, á la manera que el oxígeno y el hidrógeno forman el agua. Y como esta fuerza creada por la reunion de otras análogas elementales obra recíprocamente y reacciona contra cuanto tienda á destruirla, síguese de aquí, precisando más la definicion anterior: es el hogar una fuerza individual que liga intimamente á todos los miembros de una misma familia, como la patria une á todos los ciudadanos, ó el matrimonio al hombre con la mujer. La casa acentúa toda su realidad en la familia virtuosa, pues la norma de su fuerza, descansando entónces sobre el amor perfecto, da solidez á la masa. Al contrario, cuanto más se aleje la familia de este camino, tanto más pelagra su existencia, puesto que se debilita ó se extingue el poder de reaccion representado en esa fuerza al obrar contra un orden de causas disgregantes ó disolventes.

¡Cuán dura es la ausencia del hogar doméstico! ¡Cuántos recuerdos nos inspira! ¡Qué fuertes é indisolubles lazos nos estrechan á él! Un aldeano tiene más cariño á su choza que un príncipe á su palacio. Dícese que un paje de escuela inglés había conce-

bido tanto afecto á un buque, á cuyo bordo nació, que no pudo sufrir verse separado de él un momento; cuando le querian castigar le amenazaban con echarle á tierra, y entónces él escondiase en el fondo de la cala dando gritos. ¿Quién había dado á ese pequeño marinero la inclinacion tan singular hácia una tabla combatida por el viento? ¿Eran acaso las conveniencias puramente locales ó físicas? ¿Serían algunas conformidades morales entre los destinos del hombre y los del buque? Era, á no dudarlo, el embeleso que hallaba al concentrar sus penas y alegrías entre los suyos, mirando á la embarcacion como á su madre, al capitán como á su padre y á los demás marineros como á sus hermanos, constituyendo todos una familia, cuya fuerza obraba sobre el buque, su hogar. El Cisne de Mántua, al verse arrojado de su cabaña, adquirió una profunda tristeza, contrayendo la enfermedad llamada *hipocondría* al recordar continuamente los acontecimientos allí ocurridos.

Preguntadles á los autores de nuestros días, sobre todo á la madre ó al venerable anciano, en qué consiste la realidad del hogar, y os contestarán: el hogar es un Dios ó un poder sobrehumano, cuya presencia real sólo sienten y aprecian en su justo valor la madre y el padre á la vista de su prole; este poder superior en figura de persona nos habla, empleando el lenguaje persuasivo de la verdad, y al hablarnos sinceramente, ó sin engaños ni mentiras, amándonos de veras, nos consuela, nos alegra; nos inflama el corazon con el fuego sagrado de las virtudes, recordándonos los deberes impuestos por la naturaleza á los padres, á los hijos, á los hermanos y parientes, mandándonos sacrificarlo todo por la familia. ¡Ved aquí, por qué es tan dulce el nombre de «hogar doméstico,» pacífico santuario cuyo sólo recuerdo hace verter abundantes lágrimas ó arrancar agudos suspiros!

El hombre no puede ser feliz sin estar sólidamente adherido á la sociedad doméstica en particular. El cristianismo hizo del espíritu de familia un amor principal y exclusivo, repartiéndolo con desigualdad, dando de derecho á los padres más parte que á nadie, por ser los ídolos del afecto y estar encargados de la educacion moral. Perfectamente han discurrido los antiguos santificando el hogar con los Dioses Lares, y la patria con el Dios nacional del Jeroboam.

¿Qué es para nuestra generacion obrera presente la palabra hogar y todas las ideas sublimes que encierra? Sólo conoce el nombre, pues los levantados sentimientos que inspira no se trasmiten hasta ella, ó supone un conjunto de seres extraños, incapaces muchas veces de poder conducirse por sí mismos, y movidos otras por peligrosas sugerencias, á las cuales sirven de instrumentos.

¿Dónde está la familia obrera española? ¡Ah! la mujer del obrero, lejos de pasar una vida tranquila y rodeada de queridas afecciones, está bajo la dominación de un maestro y aislada de su prole. Muchas mujeres jornaleras dedicadas á trabajos impropios de su naturaleza, en comercio continuo con los hombres y expuestas como ellos á idénticos accidentes, concluyen por perder las condiciones morales características del bello sexo, hombrunándose con grave detrimento de la familia: cuando salen al trabajo confían sus tiernos hijos á la vecina, quien se encarga de alimentarlos, si lo cumple, con unas sopas poco reparadoras ó un pedazo de pan negro. De aquí la mortandad excesiva en los niños pobres y la frecuencia de sus enfermedades diatésicas, la degradación creciente de la raza y el abandono completo de la enseñanza moral.

¿En qué se ocupan los hijos del obrero? De ordinario numerosos, apenas tienen tres ó cuatro años de edad vagan por las calles ó imploran la caridad, huyendo de sus tugurios, teatros de repulsivos cuadros.

¿Qué atractivos encuentra dentro de la casa el obrero padre de familia? Sale del taller donde ha trabajado catorce horas diarias; rendido por el cansancio, penetra en su chirimbitil, contristándose al contemplar sus hijos que, desnudos y sucios, se agolpan en su torno, pidiéndole llorando el pan de cada día que el trabajo proporciona y el vicio roba. Mira con desden ó desprecio á su cara mitad, rompe con ella las relaciones más puras, y no se aman, porque no piensan ni sienten en comun.

¿Cuál es el triste desenlace de esta escena conmovedora? Llega al anochecer: el matrimonio obrero, con sus frutos, reúnense bajo el techo de un miserable aposento; los padres fatigados por el trabajo y sus hijos por el ocio. La habitación, cerrada durante todo el día, quizá hace una semana que no se barre; el fuego no se enciende, porque la madre carece de fuerzas suficientes para aderezar la comida, ni para zurcir ó remendar la ropa de su prole. Tal es á grande trazos aquí la vida en familia de las clases necesitadas: lo poco que todavía queda de este pobre hogar errante y dividido se abandona, pudiendo exclamar con el P. Jacinto: «Piedra sagrada de la familia, centro del grupo humano, estás desierto; *Jerusalem deserta facta est!*»

¡Acerbo dolor debe sufrir la mujer del obrero en su calidad de madre, que, comprendiendo la sublimidad del sentimiento de familia, vese privada de sus gozes! Sus labios entónces repetirán constantemente, interpretando con fidelidad el lenguaje del alma: «No me llameis *Noemi*, la que ha sido venturosa; llamadme *Mara*, la que es desgraciada; porque laceran mi corazón raudales de amargura. Si mi marido abandona la casa para beber con el vino el

alivio de sus penas, deja en la taberna el pan de nuestros hijos, quebranta su salud, alimenta el pauperismo y apaga el buen espíritu familiar.»

¡Desgraciados los obreros que no profesan cariño á la familia, la dicha del hogar, ó abandonan la educación moral de aquella; porque sus hijos no podrán ser hombres en la verdadera acepción de esta palabra, ni buenos ciudadanos, ni dignos trabajadores!

Clámase á cada paso contra los hábitos de nuestras clases laboriosas, gritando algunos austeros moralistas: ¡Reforma de las costumbres populares! Razonemos un momento nada más sobre este problema.

Es cierto, hay entre los obreros españoles algunos extraviados padres de familia que darían pan y vestidos á sus mujeres é hijos por la mitad del precio que les cuesta sostener sus hábitos dispendiosos; hay obreros pobres por su culpa, y sólo por su culpa, incapacitados para poder resistir la más leve crisis; hay obreros, en fin, que sin embargo de estar en la edad adulta carecen de fuerzas, más bien por sus excesos ó vicios que por el trabajo. ¡Cuántas escenas desgarradoras pasan en el interior de sus familias! ¡Cuántas mujeres se lamentan justamente, cuántos niños piden pan y no lo tienen! ¡Cuántas desgracias, y cuántas culpables incitaciones se reconcentran en la taberna, el enemigo mayor del asalariado! ¡Entran allí los malos trabajadores manuales, y al volver á sus domicilios maltratan á sus mujeres ó á sus hijos; aquella se oculta, éstos se esconden; todo tiembla, todo huye ante esas innobles figuras! Más lejos se representan horrorosos cuadros; hermanos irascibles se dan de golpes; un hijo desnaturalizado mancha su mano estampándola en el rostro de su padre; un monstruo hierde á la madre que le llevó en su seno y le ha nutrido! Con tales seres humanos, cuyas conciencias están obstruidas por el virus corrosivo de la inmoralidad, la familia perece.

Por fortuna, estos obreros son raros; pero ¿cuántos no ajustan sus necesidades á sus recursos? Muchas familias artesanas yacen en la miseria y la perpetúan por la falta de economía, por la imprevisión á una deuda imprudentemente contraída; hay algunas también en que la ausencia de la modestia ó de la frugalidad, y el deseo de un lujo relativo en aquellas jóvenes que, ganando exiguos jornales, no pueden gastarlo, producen igualmente desastrosos efectos. Nadie negará el influjo de estas causas individuales sobre el carácter que revisten en nuestra época las crisis obreras; causas que desarman á las masas populares para poder comprimir dentro de sus pechos ordinarios sufrimientos, arrastrándolas á buscar en los trastornos sociales ó en el torbellino de las funestas pasiones la satisfacción de

sus necesidades físicas, que únicamente se satisfacen por las vías legítimas.

Todavía más: la vida en las manufacturas relaja los sagrados vínculos de la familia. En medio de estos grandes centros, donde se reúnen á trabajar promiscuidos hombres y mujeres de distintas edades, caracteres, costumbres y sentimientos, se suscitan cínicas conversaciones que hacen perder el pudor á las débiles doncellas, fáciles de seducir por la vanidad y la coquetería.

A cada uno lo suyo. También algunas jornaleras frecuentan la taberna, fuman, se declaran en huelga, y son las que más se excitan en los motines populares, perdiendo con sus malos ejemplos á los hombres, quienes, no queriendo quedarse atrás, se entregan á los mayores excesos.

Véase, pues, crecer en el fondo de la sociedad española venenosas semillas, favorecidas por varias causas que urge atacarlas de raíz. Las sociedades modernas, y dicho sea de paso, que no descansan sobre la inquebrantable base de la moralidad, son, tarde ó temprano, lo que Roma antigua: hedionda podredumbre reducida á polvo al más leve soplo de unas cuantas hordas bárbaras.

La Europa entera hace muchos siglos dejaría ya de existir, corroida por los vicios, si no viniese la gloriosa revolución en las costumbres, comenzada por Sócrates y concluida por Genís. El mundo entero se salva por la reacción moral llevada á cabo por un puñado de hombres.

¡Reformar las costumbres en las masas populares! ¿Por qué medios? Acabamos de indicarlos; los mismos que trasforman la tierra ó convierten un suelo yermo y pobre en un terreno rico, fuerte y abundante en superiores cosechas: por una buena educación representada en su valor moral y recibida en el seno de la familia.

Todo se enlaza en la economía. Las reformas sociales obreras, aun las más ventajosas, son estériles por sí solas para el bien y fecundas para el mal; pues alteran el sabio concierto existente entre los dos estados de la personalidad humana, cuyas condiciones fisiológicas y psicológicas demandan se coloquen á una misma línea de nivel, ó se acompañen constantemente como la sombra al cuerpo.

¿No hay entre las reformas sociales alguna que posea esa doble virtud física y moral á la par? Sí. El análisis científico descubre una que cambia radicalmente las cualidades materiales y morales de la clase social más numerosa, empujándola á marchar con pié firme por el recto camino de su mejoramiento sin auxilio de nadie. Basada esta reforma sobre el perfecto equilibrio de la moralidad, cuyo fin ha destinado Dios al hombre en la tierra, por ella se salva la familia, suprema fuerza humana que hace casi milagros, con sus inefables dichas, en el obrero

casado que pasa el día dentro de la fábrica ó del taller, debiendo destinar la noche á los cuidados de su prole.

¿En dónde está encerrada tan preciosa virtud? ¡En el hogar doméstico! Manifestación franca de nuestras dos naturalezas, física y espiritual, que, formando las partes de un todo, el hombre, sostienen una estrecha simpatía entre la materia y la idea, entre el cuerpo y el alma, trasmitiéndose mutuamente sus placeres ó sus dolores.

Con efecto, las buenas casas para obreros constituyen un semillero de moralidad y trasforman los caracteres más rebeldes. Al contrario, sus malas habitaciones originan mil desgracias ó calamidades: aquí la policía sanitaria es nula; los vicios y las reyertas son frecuentes; aparece á cada paso el espantoso decorado de la miseria con toda su terrible cohorte; la brutalidad y la concupiscencia se propagan por contagio.

Por otra parte, los buenos hábitos morales, ó las costumbres morigeradas, crean preciosas cualidades sin cuento; pues las virtudes se asocian como los vicios. Así la casa trae consigo la fundación de la familia, el orden, la prevision, etc., etc., que quieren decir engrandecimiento material y moral.

Ya lo veis: la única y la más benéfica de todas las escuelas para las clases obreras es la familia, donde se crían los hábitos necesarios para la renovación de los caracteres, ó el progreso de las sociedades humanas, inteligentes y morales. Ya lo veis: reanimado en nuestra población obrera por medio de la casa el espíritu de familia, cuya ausencia se deplora, el dinero gastado para reconstituirla pronto se recompensaría con creces, pues todas las reformas se condensan en el divino pensamiento de *restaurar la vida de familia*. Sin esto, negación rotunda del hogar, se apaga en el hombre el sentimiento de su responsabilidad, excitándose por cualquier pretexto ó razón; y viceversa, el hombre que tiene hogar piensa en conservar su familia por la práctica de las virtudes, y admira las firmes resoluciones derivadas de la religión del deber; el deber que es maestro del destino humano, el deber que engrandece, el deber que consuela, el deber que olvida las injusticias más inauditas, el deber que forma las almas grandes.

La madre de la voluntad es el hogar doméstico, centro bendito de donde emanan los mismos deseos, los mismos gustos, las mismas necesidades y el fuego vivificador que templó los caracteres más aptos para la lucha y el trabajo, haciéndonos repetir con Job: «*In nidulo meo moriar, et sicut palma multiplicabo dies.*» (En mi nido moriré, y como la palmera multiplicaré mis días). Confirman nuestras indicaciones el expresivo episodio siguiente:

En 1864, M. Duruy, ministro francés de Instruc-

ción pública por entónces, al visitar las ciudades obreras de Mulhouse, le preguntó á una mujer que ocupaba una de las casas pertenecientes á la Sociedad industrial: —¿Dónde pasa vuestro marido las noches?—Señor, las pasa con nosotros desde que tenemos hogar,—contestó la mujer, resumiendo de una manera gráfica el reconocido mérito que envuelven tan utilísimas construcciones.

M. M.

(Concluirá.)

LA CATEDRAL DE LEON.

(Conclusion.) *

El Gobierno de S. M., de acuerdo con la Real Academia, como no podía ménos por exigirlo así la honra y gloria nacional, ordenó en 26 de Julio de 1864 proceder inmediatamente á la ejecucion del proyecto de restauracion, consignando fondos, prescribiendo la remision de reseñas trimestrales del estado de las obras y sus gastos, y declarando ser exclusiva del ministerio de Gracia y Justicia la direccion de dicha obra.

Durante este período de observacion y tramitacion, se dió principio al acarreo de maderas y al levantamiento del andamiaje, de modo que, al recibirse la definitiva aprobacion de los planos, se hallaban ya establecidas las 20 candelas duples y triples de madera labrada (y sin un golpe de martillo por temor á la repercusion y sacudimiento de las paredes), quedando apoyados y cimbrados los arcos torales, de los cuales se habían contracurvado el correspondiente al coro y el fronton del presbiterio. Se formaron luégo dos plataformas, una á la altura del arranque de los arcos torales, y otra al nivel de la cornisa de la media naranja, alzándose sobre esta segunda otros dos andamios, uno sobre otro hasta llegar al ojo de la misma. El desmonte de la cúpula se hizo sin cimbras ni apoyo alguno (á pesar de que las primeras filas de dovelas tenían fuera de asiento el centro de gravedad), porque tal sistema, que es el usual, resulta siempre dispendioso y largo, y así se pensó en fijar el sillar que había de ser el primero á desmontarse; se apalancaron con maderos sus tres inmediatos de cada lado con amarras á las vigas y pares del tejado dándoles garrote; y en este estado, dando á las juntas un corte de serrucho, quedó aquel adherido únicamente por su lecho, que con palanquetas fué muy fácil retranquear, y luégo asegurar para hacerle ascender, y luégo descender por medio de una cámbria movediza sobre su base, que balanceando de

uno y otro lado por medio de tiranillas alzaba el sillar y llevaba luégo sobre el punto de descenso para bajar seguidamente al pavimento del templo. Antes de soltar el amarre de la dovela inmediata, se sujetaba del mismo modo la cuarta siguiente, y entónces se desprendía fácilmente la segunda, teniendo cuidado con las palanquetas de no dejarla correr por el plano inclinado; así se procedió hasta la cuarta hilada, no amarrando luégo más que una dovela, y ninguna al llegar á la sétima, de modo que en doce dias, no sólo se apearon las once haldas que contaba el total de la media naranja, sino tambien su revestimiento, la cerca de sillarejos que la cubría y las ocho sibilas de estuco, cuyo peso no bajaba de 25 á 30 arrobas una con otra. Una avería, que afortunadamente no tuvo más resultado que el susto consiguiente, fué la de que al desprender una dovela y girar la cámbria para descender aquella, empujó y llevó consigo á uno de los operarios que tuvo la serenidad suficiente para mantenerse colgado sobre aquel precipicio hasta descender á la primera plataforma, en que fué socorrido sin la menor lesion. Despejado todo aquel espacio, se dispuso cubrirle con un tinglado apoyado en las candelas, para que, cubierto de teja, defendiera de las aguas la parte central del crucero, y desde luégo se pasó á la ejecucion de un andamio de tres cuerpos, cuya total altura es poco más de 50 piés, para efectuar el desmonte del Romanato, Atico y Torretas en los dias serenos, dejando para los lluviosos el desmonte de la cornisa y sobrecos de la media naranja, á todo lo cual fué dándose cumplido efecto; de suerte que desde el dia 26 de Julio al 23 de Noviembre, ó sea en setenta y dos dias de trabajo, quedó desmontada la cúpula, su anillo y todo el frontis con el transporte de todos los escombros, piedras y maderas, y repuesto el tejado en el mejor modo posible. Con esto quedó la catedral aliviada en su crucero de 79.096 $\frac{1}{2}$ arrobas, y su fachada de otras 25.270 $\frac{1}{2}$; carga que ha sufrido tantísimos años contra toda la intencion de maese Enrique, y sin que los mudos lamentos de sus encorvados pilares y sus prolongadas grietas hayan llamado la atencion de aquellos que únicamente admiraban su extremada esbeltez. En tanto que se venía practicando esto, se promovió otra instancia para la corta de 400 pings; y obtenida la favorable decision, se cortaron y comenzó el escuadrado y acarreo, miéntras lo consintió el tiempo, habiéndose desde luégo recibido unas 30 vigas, quedando las restantes para la sucesiva primavera.

Nada podía hacerse durante el invierno y ménos no habiendo materiales preparados; pero el 20 de Marzo de 1862 se comenzó, con las maderas que ya había, el apeo de los dos arcos menores del brazo Sur, fronterizos uno á otro y contiguos á los res-

* Véanse los números 125 y 124, págs. 1 y 55.

pectivos pilares fundamentales, prosiguiendo luego el acodalado doble de los vanos de los tres arcos torales, esto es, el del coro con tres órdenes á distintas alturas, y los otros dos del presbiterio y brazo Sur, con uno cada uno á la altura de las impostas poco más, de los arcos laterales. Mientras se aguardaba el resto de las maderas, se fueron labrando algunas para la formación de los andamios del brazo Sur, haciendo al propio tiempo varias parihuelas, astilado de palas, picos y demas herramientas, carretillas para el transporte de escombros, cuezas para el descenso de los mismos y dos carritos de paianca y arrastre, que, al paso que enganchan un sillar y lo alzan, sirve para conducirle en todas direcciones. También se sacó una copia de cada una de las vidrieras de las seis ventanas que había que desmontar, valiéndose de una escala mitad del natural para que así fuera más fácil su desarme en la restauración, engrudándoles luego con papel recio, á fin de asegurar sus piezas y facilitar su desmonte, dejándolas seguidamente almacenadas hasta la ocasión oportuna.

Se cerraron á piedra y lodo las avenidas y recinto que ocupaban los obreros y en que había de operarse y disponerse todos los demas pertrechos, como poleas dobles, maromas y demas utensilios; se dió lugar á que fuese llegando la madera y que, preparada, se diese principio al andamio en 19 de Mayo, llegando con las candelas dobles y siete órdenes de alzadas á la bóveda en 25 de Junio, día en que se comenzó á demostrar el tejado, bajando tejas, tablas y pares á tierra; el 28, á las nueve, se agujereó la primera bóveda en derredor de la clave, y como más tarde se notase en los riñones de la bóveda algun indicio de peraltarse, fué preciso amarrar y dar garrote á la clave contra una puente que, á manera de hilera sentada sobre las candelas de la fila central, se prestaba á ello, y con esto se contuvo, permitiendo el descargo de todo su peso. Así se mantuvo hasta el día siguiente, en que los cuatro aristones quedaron enteramente exentos: se dispuso, pues, su apeo sin más artificio que una decidida voluntad de los operarios, persuadidos del buen resultado. No había, pues, recelo de que la clave se moviese, y puestos escalonados los más esforzados de aquellos, mientras los demas se hallaban dispuestos á su ayuda y sometiendo el hombro bajo cada dovela, atendían en tal postura el momento en que,alzada la contigua á la clave, sintieron todos á manera de chispa eléctrica el respectivo peso que, por de pronto, dejaron á su pié para acudir al lado opuesto para verificar igual operación. Así se desmontaron los dos primeros aristones, y de igual modo se consiguió hacerlo con los otros dos, quedando la clave para lo último; se desembarazaron los andamios aligerándolos de aquel

peso que bajó al fondo de la iglesia; y todas estas operaciones, que parecían tan azarosas y complicadas, se ejecutaron en poco más de dos horas. La bóveda contigua del mismo brazo ofrecía menos dificultad por estar menos resentida, y ya con la experiencia se procedía en todo con más confianza y seguridad; sin embargo, al perforar la corona en derredor de la clave, se halló ésta en cuatro gajos, y por primera precaucion hubo que sujetar bien con alambres estas partes y luego se amarró al puente como la anterior; de suerte que, derribada que fué la bóveda, desembarazados los andamios y procediendo en todo con el mismo sistema, al medio día del cuarto en que se emprendió esta segunda operación, se hallaba terminada por completo, y todos los restos en sus respectivos depósitos.

Se emprendió el apeo de los tirantes de 41 piés de largo, uno de grueso y media vara de tabla, y á continuación se formaron andamios voladizos de uno y otro costado del crucero para el desmonte de los arbotantes que contrastaban con los arcos interiores del mismo, y unos y otros fueron desmontándose sin percance alguno. Desembarazados de las más azarosas operaciones y del desmonte de los arcos torales, se rebajaron las paredes al paso que se armaban también los grandes apeos para contrarrestar los empujes de la bóveda y el acodalado de la grande abertura que resalta en la parte central del costado Sur, por la desaparición del arco toral de este lado y de las dos ventanas inmediatas en la extensión de 83 piés, operaciones todas de mucho interés y del mayor cuidado. Se apearon de un extremo los dos tirantes primeros del presbiterio y del coro, y además el primero del otro brazo Norte, cuyos extremos se hallan gastados por las aguas, atravesando para ello unas vigas sostenidas de una punta por buenos abarcones de hierro, afianzados á los terceros tirantes y descansando por la otra sobre las triples candelas del crucero. A continuación se extendió el tejado sobre el coro y presbiterio en el lugar que ocupaban sus ventanas, á fin de resguardar de las aguas y ventiscas estas partes, máxime la del coro para preservar mejor su magnífica sillería. Se apuntalaron también los arcos del coro y presbiterio que, con la caída de sus bóvedas, quedaban desamparados y sin contraste. Las operaciones del desmonte proseguían con la mayor actividad en toda la extensión por igual, bajando los entablonados en proporción y desembarazando al propio tiempo el suelo firme, conduciendo así los sillares como los escombros á sus depósitos respectivos. Entre tanto, ya se hacía en el monte el escuadrado de las vigas: estas iban llegando y clasificándose por su largura de cinco en cinco piés y depositándose en el claustro.

Los dos pilares fundamentales del brazo Sur, que,

como se dijo, estaban hendidos de arriba abajo, se fueron desmontando y reconociéndose cada vez más la necesidad de esta resolución. El P. Lobera, en sus *Grandezas de Leon*, hablando de la construcción de esta Catedral, asegura muy formalmente que los pilares fundamentales se componen de tres sillares en cada hilada *sin tripas de ripio ni mampostería*, y ahora se ha visto que ninguna hilada tiene ménos de cuatro, y que más generalmente son de cinco y aún de seis sillares, que forman el paramento de su perímetro y que en el centro dejan un espacio, el cual está relleno de fragmentos informes y de mala piedra de río, construcción que podrá compararse á un pozo relleno, y si á esto se añade el excesivo mortero que tiene cada hilada de dos dedos de espesor, se comprenderá el por qué de la curvatura de tales pilares que tanto admiraba el vulgo, creyéndola como una fantasía del arquitecto constructor.

Desapareció también el roseton de luces, llegando con el desmonte al piso del triforio, apareciendo entonces las otras causas ocultas que motivaron las antiguas reparaciones. Se vieron dos hendiduras verticales, muy prolongadas, profundas y con dos pulgadas y media de separación en la fábrica primitiva, que en aquella época dió origen á la adición de tres arcos pegadizos á la antigua fachada, pero que endosados sin adarajas, gatillos de enlace ni la más mínima trabazon, no llegaron á unir; si bien pudieron contener algun tanto el empuje, hasta que sobrecargadas sus enjutas con los pilares que flanqueaban el roseton desde 1849, acabaron por desviarse hácia fuera, resultando aquellas grietas horizontales, que, como se dijo ántes, aparecieron instantáneamente en 1859, y que tanto y tan justamente alarmaron al Ilmo. Cabildo y á los inspectores. Dichas hendiduras quedaron de manifiesto algunos dias con el objeto de que el público comprendiese la necesidad de proseguir el desmonte hasta la raíz. Se descubrió la parte exterior del triforio que de largo tiempo ocultaba la forma primitiva de la fachada, que es igual á la del lado opuesto, oculta ahora con el tejado, la cual sirve de tipo para la construcción de esta. Se hicieron las cimbras y apeo para desmontar los arcos de las portadas, la central y la del lado izquierdo, titulada de la Muerte, operación que se hizo momentáneamente, ocupándose luego en el desmonte de las ojivas entalladas é historiadas y seguidamente del tímpano de la central, que bien merecía todo el cuidado y precauciones para su más perfecta conservación, lo cual se consiguió satisfactoriamente, depositando en el presbiterio todas las piezas por su órden, las cuales quedaron contraseñadas para su nueva colocación. Se derribó la primera bóveda baja que se apoyaba en la fachada, porque, rebajada esta, quedaba sin apoyo,

y siguió el derribo en general. Fué también preciso apeo el primer arco del crucero que apoyaba en la misma fachada, haciéndolo con la precaución necesaria para que el contiguo no sufriese la más mínima alteración. Se apeó igualmente el pilar angular que más tarde había de rehacerse, para que entre tanto mantuviese los empujes de los dos contiguos, y se apearon las cinco estatuas que había en la portada de la Muerte y otra en el pilar divisorio de la central, y se levantaron dos paredes para interceptar el paso y utilizar toda la parte del ábside, con el objeto de que en ella prosiguiese el culto.

No cabe duda que las innovaciones que se habían hecho en este monumento fueron agravando los débiles sustentáculos de la primitiva construcción, añadiéndola sin consideración más y más peso, de que resultó el desquicio de toda la catedral; y tanto perjudicó su estabilidad, siendo así que era un edificio tan perfectamente combinado, que, como prodigio del arte, nada le sobraba ni le faltaba nada. Ojalá hubieran sido mejor escogidos sus materiales y la mano de obra más esmerada; pues era imposible que el autor de tan armónicas proporciones hubiese cargado el pilar intermedio á las dos ventanas de la rinconada entrante al Sudoeste (que sólo tiene 18 piés 74 centímetros de base, y que se halla perforado con un pasillo de 18 piés de ancho), con otro machon de 71 piés 43 centímetros de base, con más de 50 de altura. Así no es de extrañar que por todas partes llegase á manifestar simultáneamente su debilidad.

Llegado el año 1863, se continuó la tarea en 31 de Marzo por la erección de un andamio de 130 piés de elevación para desmontar el sobredicho pilar de estribación, cuya inclinación y extremada debilidad de su base aconsejaba no tocarle, sino hacerlo aisladamente, para que no recibiese empuje alguno, pues podía recelarse su ruina; así que fué precisa toda precaución y miramiento hasta poder hacer un buen rebaje en él. Entre tanto, D. Ricardo Velazquez, delineante trazador, y D. Antonio Peña, escultor adornista, comenzaron á ocuparse en sus respectivas tareas.

Se tenía anunciada para el 13 de Abril una suelta para la extracción de sillares; y no presentándose ninguna proposición admisible, despues del tanteo de muchas canteras, apareció la del Boñar preferible, y se hizo con su explotador, D. José Gonzalez Baro, un ajuste á razon de tres reales y medio por saca y desbaste de cada pié hasta el volumen de 20 piés cúbicos, y cinco y medio reales por el arrastre, mientras no mejorasen las condiciones de la vía de conducción.

Completado el andamiaje, se dió principio al desmonte del delicado pilon en 20 de Abril con toda la precaución imaginable, hasta superada la mayor difi-

cultad; pudo también darse principio en 11 de Mayo al resto del desmonte de la fachada hasta enrasar con el suelo exterior del átrio, y cosa de cuatro pies más profundo en el sitio que había de ocupar el primer machon, que, por ser el más averiado, y formar esquina y ser el más débil en sus cimientos por la malísima calidad de su piedra, fué preciso rebajar, como se ha dicho, dándole el ensanche conveniente para las tres hiladas de sillares, sentados á hueso con mortero hidráulico y con todas las precauciones necesarias. Se procedió seguidamente á la rectificación y exacta distribución de los machones, su regularización en proyectura y en anchos, de que carecía, y en 16 de Junio se colocó el primer sillar de nueva restauración.

Una vez rectificada y regularizada la posición de los pilares de estribación de las nuevas portadas, se han ido labrando con la mayor exactitud los sillares, máxime en sus asientos y retundiendo los sobrelechos de cada hilada en rectificación de sus niveles; se han ido colocando, bañando ántes los lechos y contralechos y tendiendo su mortero finísimo de las mejores condiciones. La dirección ha seguido en esto, como en todo, los verdaderos preceptos del arte, muy opuestos en esta parte al sistema rutinario que exige un tendel grueso, empleado desgraciadamente en esta catedral, que muy comunmente llega á 40 milímetros de espesor, dando por única razón de que, sentando las piedras casi á hueso, se rompen al recibir las cargas por la dificultad que siempre ocurre al labrar los lechos; pero este temor queda desvanecido sin género de duda cuando los operarios cumplen con su deber, dejando el asiento perfectamente plano, y después de colocada cada hilada se retunde é iguala su nivel. Si nos dieron aquel ejemplo algunos de los antiguos maestros, dando mucho tendel á sus edificaciones para que el mortero intermedio á las hiladas de cantería sirviese de almohada, rectificando los defectos de la labor, ¿cuáles son los resultados que tocamos en los siglos posteriores? Por esto la dirección ha procurado que tales defectos no se hallasen en la obra de restauración. En la obra de la catedral ejecutada con tanta incuria se han encontrado muchas desigualdades y bancos ó resaltos en las hiladas de más de un dedo, y hasta un rodillo, como queda dicho, de 50 milímetros de diámetro, dejado debajo de un abultado sillar, para prueba del abandono que allí presidía. Y ¿cuál fué el resultado del mucho tendel en todos los pilares de la catedral? Una curvatura extraordinaria, que á buen seguro no tendrían si los asientos y los tendeles se hubiesen hecho según los ejemplos de las más antiguas construcciones. La del anfiteatro Flavio, que se edificó á 72 años de la Era Cristiana, esto es, mucho más ántes que la más antigua catedral del universo, se sentaron sus sillares

en seco, sin mortero, sin betún ni cosa tal, no sólo en sus hiladas horizontales, sino también en las inclinadas, como son las dovelas de los arcos; y este modelo de construcción, que sirvió de cantera para la extracción de sillares empleados en los palacios de Venecia, Barberini, cancellería Farnese y puerto de Ripeta, en la pequeña parte que se conserva es el asombro de los siglos y la admiración de los inteligentes, por su estabilidad, aplomo y asiento horizontal. El arco de Tito, que se hizo contemporáneamente, y es obra perfecta bajo todos conceptos que se la examine, se halla también sin mortero alguno; el acueducto de Gard, el de Tarragona y el de Segovia, obras que cuentan diez y ocho siglos la que ménos, subsisten aún, á pesar del descuido en que se tienen, y tampoco se ha empleado en ellas mortero ni betún alguno, de donde se deduce que no es el mortero el que constituye la solidez de una fábrica, sino el buen asiento de sus sillares, como patentemente lo están probando esas y otras sorprendentes construcciones.

Una de las más delicadas atenciones de la dirección era la elección y acopio de materiales, habiendo escogido las maderas de los bosques de Lillo, que resultaron á 5 rs. 67 céntimos el pie cúbico, las cales á 7 rs. 89 céntimos la carga, y muy económico el yeso espejuelo necesario para moldes y para los modelos de reproducción en piedra.

Se terminó el doble apeo en estribación de la pared del coro á toda su altura de 130 pies, y se completó el primer giro de la escalera de la Muerte. Se fundió el plomo que se extrajo del cupulin, del cual salieron 399 arrobas 18 libras, distribuidas en 413 galápagos, con otros 112 del plomo sacado de pernos y grapas antiguas mucho más chiquitos, pero de muy buena calidad, que en junto pesaron 23 arrobas. Se hizo un buen cabestrante de hierro fundido, y se montó sobre una plataforma giratoria para trasportarle donde convenga; también se estrenó en la misma temporada una maroma de 330 pies.

Al terminar la campaña del 63 quedaban cinco hiladas en general sobre el zócalo de mármol, esto es, unos 11 pies de altura sobre el pavimento del atrio; pero la suspensión invernal no fué tan absoluta que no quedasen unos 20 canteros de los más capaces, así como los escultores; aquellos para el adelanto de algunos sillares urgentes, y éstos para la escultura de ménsulas, capiteles y doseletes. Las primeras y los capiteles no podían ménos de labrarse por completo ántes de ser colocados; mas estas últimas lo fueron únicamente por el hueco interior, que había de ser sumamente difícil después de colocadas y expuestas á romperse, dejando lo exterior desbastado. Así pudieron colocarse en 1864 16 capiteles, historiados unos y de hojas variadas los demas, todos ellos originales y característicos,

y además se colocaron los 12 doseletes. Los antiguos dinteles de ambas puertas, gastados ya, anteriormente retocados y colocados ahora por tercera vez, quedaban holgados, y por conservarlos se colocaron de modo que jamás han estado más seguros, porque se les hizo una canal en sus juntas, por la cual se introdujo una llanta de hierro, y luego tapadas exteriormente con planchas de barro, se colocó en dichas puntas plomo derretido, de suerte que se ajustaron perfectamente, y ya esta colocación de los dinteles proporcionó el paso de uno á otro pilar.

Embasados todos ellos, se emprendió el asiento del gran tímpano historiado de la puerta principal, que también había sufrido innovaciones, y fué preciso hacer también sus canales en las juntas, colocar llantas de hierro en sus huecos y cerrarlos con buen mortero hidráulico, de modo que no es posible distinguir las uniones. A la vez se fué colocando el primer orden de dovelas esculpidas, resultando las de un lado más cortas y las del otro mayores, por efecto de los retoques que ya habían sufrido; por esta causa fué preciso perder algún tiempo para suplir el defecto de las unas y retocar las otras, lo cual se hizo del mejor modo posible, sucediendo lo propio en todos los demás órdenes de dovelas de esta portada, que se engatillaron y trabaron con otras lisas del interior.

En la unión de la parte nueva con la vieja, que nunca ofrecía superficie plana, y en muchos rincones de mal ajuste con las piezas antiguas, se ha usado mortero hidráulico, haciéndole penetrar por todo, unas veces puro, cuando daba treguas, otras mezclado con más ó menos mortero fino, y otras con chinarritos cribados y bien remojados, y tal vez con chinarritos de piedra dura, que llenando todos los vacíos forman una masa unida y compacta, resultando un hormigon parecido á un jaspe durísimo. Con este mismo material, usándole con soltura y sin remarcarlo á manera de estuco, se han remendado capiteles que endurecen en tal grado, que alzado al aire por el extremo pegado y seco se mantiene firme aun pesando 4 arrobas.

En el castillejo de la fachada se alzó otra andamiada en toda su extensión para el tiro de las poleas, y se hizo otro apuntalado contra el primer machon del costado Sur, construido oportunamente y con el mejor acierto. Otras varias operaciones de carpintería se hicieron, como plantillas, repaso de reglas, escuadras, andamios provisionales, etc. La altura llegó á 22 piés, aunque respecto á la portada principal es mayor por la culminación de las dovelas. Bajo cada lucera de la escalera de la Muerte, se colocó un buen cerchon de hierro embetunado para que abarcase las piezas que á manera de dovelas componen cada hilada.

Llegado Marzo de 1865, se desarrolló de nuevo el trabajo; se acabaron de sentar las dovelas de emparrado y las de hojas de yedra, con lo que adquirieron las portadas mayor realce, pues en lugar de la parte lisa que en tiempos fué agregada y todavía se conserva pintada en la principal, se hicieron aquí unos ladrillos vaciados de cal hidráulica con relieve de hojas enlazadas conforme al tipo original, los cuales hacen bonitísimo efecto, dudándose si son ó no de piedra hasta por los más prácticos. La tercer portada se revistió de piedra en toda la parte superior á su ojiva, que se hallaba de mampostería en rústico, y se restauró el adorno de las últimas dovelas con cal hidráulica, de modo que, siendo nueva, no se distingue de lo antiguo. Se embasaron las tres portadas con la colocación de la cornisa, parte entallada y parte de perfil seguido, sentándose el enlosado seguidamente. Entre las ojivas de la primer portada y dicho enlosado se formó una bóveda sin más cimbra que una simple plantilla, la cual ofrece la particularidad de tener los ladrillos de que está hecha sentados por un sistema inverso al usual; esto es, colocados de frente al eje en derredor del mismo en forma de abanico por capas unas sobre otras, con las juntas encontradas como otros tantos tabiques en contactos. Ya que en un principio no se inauguró esta obra de un modo oficial para recordar su época, se estampó en uno de los sillares interiores del recinto abovedado una breve inscripción en forma lapidaria, por la cual se perpetuará la memoria del reinado del pontificado, el año y las circunstancias que motivaron la nueva obra costeadá por el Gobierno de S. M. El hueco que forma este recinto es de nueve piés y medio de largo, siete de ancho y once de alto. También se labraron los capitelitos para las ojivas de las ventanas y arranque de los arcos de la nave lateral, y para dichas ventanas se esculpieron tres cabezas que sirven de ménsula á otras tantas columnas que no llegan á el firme, como nunca llegaron, para no impedir el tránsito del pasillo. Debiendo demolerse el pilar angular y sus adjuntas ventanas por su malísimo estado y para sustituir estas tres cosas, se prepararon sillares de gran volúmen con objeto de acometer dicha operación en la próxima campaña. Entre tanto se elevó la obra hasta la altura de 44 $\frac{1}{2}$ piés y con 59 peldaños en la escalera de la Muerte.

Al inaugurarse en Noviembre de 1863 el ferrocarril de Palencia á Leon, fueron visitadas estas obras por varios aficionados y curiosos turistas que, con poca inteligencia del arte, se asombraron del aspecto que ofrecía este monumento y cometieron algunos la ligereza de alarmar al público con profecías de inminente y próxima ruina, dando lugar á una polémica que sostuvo muy digna y ventajosamente en el *Eco de Leon* el arquitecto D. Aquilino Rueda,

director del Instituto provincial de dicha ciudad.

Llamó esto, como era natural, la atención del Gobierno, que se apresuró á pedir informe á la Real Academia de Bellas Artes, y en vista de lo manifestado por tan ilustrada corporacion, se nombró una comision para que examinara el estado de las obras de restauracion, y al dar cuenta la Junta de gobierno de dicha Academia en su sesion inaugural de 1865 de sus trabajos, se expresa del modo siguiente: «Merece, sin duda, entre ellos el primer lugar un extenso y razonado informe dado por la Academia, sobre las importantísimas obras de restauracion que se están ejecutando en la catedral de León, bajo la direccion del arquitecto Académico de número D. Matias Laviña; habiase puesto en duda por muchas personas el acierto ú oportunidad con que se habian dispuesto y verificado desmontes de grandes trozos de aquel bellissimo templo, llegando hasta censurar duramente la inteligencia del modesto arquitecto director, calificando de desacertadas sus disposiciones y los apeos, pronosticando la ruina completa del edificio y proponiendo como único medio de remediar tamaños males uno que afectaba profundamente al decoro de los arquitectos españoles. Semejantes apreciaciones llamaron justamente la atención del Gobierno, que dispuso que la Academia, prèvios los reconocimientos oculares y los demas medios de estudio que considerase necesarios, emitiese un dictámen científico y razonado, del cual resultase poner en claro los defectos ó errores que hubieran podido cometerse en la direccion de aquellas importantes obras, á fin de remediarlos y exigir severamente la responsabilidad á quien correspondiese. Pasó, en efecto, una comision compuesta de tres distinguidos académicos individuos de la seccion de Arquitectura, los señores Alvarez, Peyronet y Enriquez, los cuales, despues de minuciosos y detenidísimos reconocimientos, despues de un prolijo exámen del carácter y naturaleza de las obras de aquel insigne monumento, verificado el atento análisis del plan y pensamiento artistico y científico de su actual restaurador, tomando en cuenta todos los datos históricos que existen sobre las diversas vicisitudes y modificaciones que ha sufrido en diferentes épocas, y pesando las razones en que el arquitecto ha fundado la combinacion de su plan, vinieron á deducir que no había el menor motivo para la alarma que se había tratado de promover, que no había en las disposiciones del laborioso é inteligente Sr. Laviña nada que no estuviese deducido de la observacion y del raciocinio, y proponiendo por lo mismo la aprobacion de su conducta y de su acertada direccion, sin que hubiese motivo para exigirle responsabilidad por supuestos errores que no había cometido.

»La Academia ha hecho suyo con el mayor apre-

cio el importantísimo informe de la ilustrada comision que examinó este delicado asunto, cuyos individuos, así como el Arquitecto-director Sr. Laviña, han probado en esta ocasion con cuánta razon y mérito se honran con el título de Académicos.»

Entre los no pocos extranjeros que expresamente se han dirigido á examinar este monumento y su sistema de restauracion, se cuentan el reverendo padre Pierrart, arquitecto arqueólogo; el director del Museo Británico J. C. Robinson, y últimamente el docto Excmo. Sr. Conde de Montalembert y el conservador del Museo de Cluny, todos los cuales, al admirar entusiastas esta joya artistica, han dado muestras unánimes de aprobacion, añadiendo este último que «en Paris no se ejecutaria mejor,» confesion altamente honrosa por lo mismo que ha sido espontánea en un extranjero.

En la campaña del 66 se adelantó poco por la escasez de fondos y por el mal tiempo. Se comenzó el apeo de los arcos que impostaban en el pilar angular, situado detras del costado izquierdo de la fachada Sur; se derribaron las bóvedas que sostenian dichos arcos, las dos grandes ventanas y el pilar angular que se hallaba hendido de arriba abajo por la demasiada carga posteriormente añadida. Seguidamente se armaron con piezas nuevas y con toda exactitud, y con una solidez superior á la que ántes pudieron tener, el pilar, las dos ventanas, tambien nuevas, con todos sus postes, ojivas, ojos lobulados que abarcan ambos haces interior y exterior, los arcos, los sobre-arcos, de grandes dovelas, de cinco piés de largas, ó sea tizon, que hacen haces dentro y fuera, las enjutas que enrasan con la cima de los arcos, la cornisa y las bóvedas. Se colocaron los aristones de las bóvedas con los rebajes que ántes no tenían para enlazar la muradura de ladrillo y mortero con que se hicieron, á diferencia de las derribadas, que eran de piedra tova ó esponjosa. La parte nueva de las bóvedas consiste en tabiques de cuatro gruesos con mortero fino mezclado con cemento de Zumaya, que forma un clavo fuerte y activo sin necesidad de armazon de madera, hechas al aire como si fueran con yeso. Tambien se rehizo el arco grande primero del costado izquierdo de este brazo, con todo su molduraje, contra-arco y enjutas. Además de haber alzado el cuerpo angular de la escalera de la Muerte sobre la terraza poco más de ocho piés, con diez peldaños; se comenzaron las otras dos escaleras que incluyen los machones angulares que acompañan los flancos de la fachada hasta su conclusion, de los cuales el primero tiene trece piés de elevacion, con una vuelta completa de peldaños, y el otro algo menos; pero en su intermedio está ya colocado el basamento del segundo cuerpo, los tres postes principales y las cuatro columnas que dividen en dos

cada una de las ventanas, teniendo aquellas y los postes sus capiteles, unos sencillos y otros agrupados en tres, todos nuevos, como son las cinco cabezas simbólicas que dan pié á las hojas que se destacan de las ojivas molduradas, de suerte que este cuerpo ofrece ya el aspecto artístico análogo al que tiene la fachada oculta ahora en el testero opuesto. Esta parte ya fija del triforio, cuyo interior está principiado, aguarda la terminacion de algunas piezas de sus principales para su prosecucion.

En 2 de Enero del presente año quedaban en el interior del templo sobre 350 piezas labradas en columnas, basas, capiteles y postes, curvadas unas para las ojivas, y otras lisas de paramento, prontas á colocarse.

Tal es el estado de las obras de restauracion al comenzarse la campaña de 1867, siendo de lamentar la escasez de fondos, que no permite á esta Direccion dar á los trabajos todo el desarrollo necesario, como lo reclama la economía y el desamparo en que se hallan las antiguas paredes por la falta de la trabazon completa y del coronamiento y cubiertas que pongan á salvo todo el edificio.

Las obras que restan son el complemento del segundo cuerpo de los triforios, todo el tercer cuerpo de la fachada, las bóvedas y fronton, tejados, retundido de pavimento, las rejas, alambreras y las vidrieras (de colores) historiadas, cuyos dibujos se conservan para acabar de imprimir á este monumento todo el tipo religioso del arte gótico. El total gastado en los veintidos trimestres trascurridos asciende á 1.433.226 reales, y el total de los presupuestos aprobados ha sido el de 3.823.198 reales.

MATÍAS LAVIÑA.

Leon, 24 de Mayo de 1867.

ILUSTRACIONES

Á LA

DISPUTA ENTRE UN BURGALÉS Y UN VIZCAINO,
SOBRE LA LEALTAD, HONRA, HIDALGUÍA Y LIMPIEZA
DE CASTELLANOS Y VASCONGADOS.*

ZURIA, ARRIGORRIAGA Y ALFONSO III.

Muchas son las antiguas historias, de todos conocidos, que hablan de los sucesos á que el manuscrito se refiere, ocurridos en el reinado de D. Alfonso III el Magno; y una, tan moderna que está aún en publicacion (1), los narra y juzga en los siguientes términos:

* Véase el núm: 125, pág. 9.

(1) HISTORIA DE LOS ALFONSO DE CASTILLA Y DE ARAGON, Y DE LOS SUCEOS QUE HAN FACILITADO LA LEGÍTIMA PROCLAMACION DE DON ALFONSO XII, por Saturnino Jimenez Enrich, dedicada á S. M. la reina

«Así que Alfonso III el Magno, jóven de diez y ocho á veinte años, restableció la legitimidad con la muerte del conde Fruela de Galicia, que invadió Astúrias y hasta penetró en Oviedo, donde fué asesinado, se sublevó Álava con Vizcaya, que de esta provincia formaba parte, y reunidos los sublevados so el árbol de Guérnica, proclamaron por su señor á un tal Zuria. Derrotadas fueron las tropas del Rey en Arrigorriaga; pero luego D. Alfonso sometió á los rebeldes, y dejó por gobernador del país á Vela Jimenez.»

En aquel tiempo, los moros, que para extender la conquista ó asegurar su dominio introducian la desunion entre los españoles, atrayéndose á los malos amigos de los astures, encontraban fácilmente aliados entre los cristianos navarros y vascos, cuya tendencia fué siempre la de gobernarse por caudillos propios, independientes de la autoridad del Rey de Astúrias. Por eso «rechazaban la tutela de los astures, como habían rechazado la de los francos, lo cual no obstaba para que la utilizasen, al igual que utilizaban la de esos últimos, cuando por algun objeto de interes particular les convenia. Ó lo que es lo mismo: el interes egoista les dominaba en la mayor parte de las ocasiones más que el *fuero de la patria*, que muchas veces sabian supeditar. Poco alcanzaban de esos rebeldes los monarcas asturianos con la fuerza: si de cuando en cuando los sometian, ¡cuán efimera era la sumision! La rivalidad no desaparecía nunca; ni con las concesiones, ni con los privilegios, ni con las mil ventajas que se les otorgaban. Aprovechábanse, en bien propio, de esas ventajas, de esos privilegios, de esas concesiones; pero con una mano las recibian y con otra blandian el acero de la ingratitud contra los que se las dispensaban. No llegaba su fiero espíritu de independencia, su enemistad, hasta rechazar los dones del enemigo...» (1)

Para atraerse, y contrarestar los medios de seducion que el moro empleaba, y tener por amigos á los vasco-navarros, determinó D. Alfonso III contraer matrimonio con Jimena, hija del conde Iñigo Arista; con cuyo ventajoso enlace y satisfaccion al egoismo de éstos, parecia natural que desaparecieran todas las diferencias. Mas no sucedió asi; pues mientras D. Alfonso respetaba la tregua convenida con los moros, ciertos navarros, capitaneados por Hafsun, se entendian con Mohamed; y casi al mismo tiempo los compatriotas que á doña Jimena habian seguido y vivian en la corte del Rey, iniciaban las conspiraciones contra éste, que al cabo le obligaron á abdicar el trono.

Isabel.—Barcelona, establecimiento tipográfico editorial, de España, hermanos, calle de Robador, números 39 y 41, tomo I, página 101. —Crónica del obispo Sampiro de Astorga.

(1) *Historia de los Alfonsos*, tomo I, páginas 103 y 104.

Las conquistas conseguidas por muchos y gloriosos hechos de armas, supo entre tanto D. Alfonso acrecerlas con la del amor de sus vasallos, que le adoraban. «Solamente no le admiraban, ni le respetaban, ni le seguían, ni le adoraban los que vivían en su palacio, los que comían en su mesa, los que á él debían la existencia, y hasta la que con él partía el lecho nupcial, la que vegetando un tiempo en las oscuridades de una medianía, sin nombre y sin porvenir, hubo de ser encumbrada bajo el dosel del más excelso trono del siglo X para poner su orgullo, ese orgullo en que nunca hubiera podido soñar, al servicio de la ingratitud más negra y de la perfidia más refinada.» (1)

Duro parecería este calificativo, si no estuviera justificado por la conducta de una Reina que, conspirando al frente de sus hijos y cortesanos, tanto favorecía con tales perturbacion los intereses del árabe, cuanto malograba las empresas con que su esposo se proponía engrandecer el reino. Obligado D. Alfonso á contener tales demasías, tuvo necesidad de prender á su hijo y encerrarlo en el fuerte de Gauzón, por cuyo acto se hicieron públicos los propósitos de doña Jimena, excusándolos con el intento de poner en libertad al primogénito D. García, y proclamó la destitucion del Rey, convirtiendo en guerra civil la cuestion de familia, — á la que puso término D. Alfonso, dos años despues, abdicando en favor de aquellos rebeldes hijos.

EL ENCUBIERTO DE VALENCIA.

En el libro sexto de la *Historia del Emperador Carlos V*, rey de España, dice Fray Prudencio de Sandoval sobre el tirano que figuró en las germanías de Valencia, lo siguiente:

«En el año del Señor de 1512, un mercader vizcaino que se llamaba Juan de Bilbao, fué á tratar á la ciudad de Orán. En el navío en que iba juntósele un hombre, el cual le dijo que sabía muy bien leer y escribir y otras lenguas, y que si quería concertarse con él podía servirle para enseñar á sus hijos y ser factor de sus tratos. Oido por el mercader, concertóse con éste, y en el puerto de Cartagena embarcóle consigo; pensando que en toparle era el más bienaventurado del mundo, porque tenía quien le criase los hijos y se los enseñase, y quien le guardase y aventajase la hacienda. Este hombre era de estatura pequeña, la cara delgada, la tez del rostro algo amarilla, los ojos espantosos así como verdinegros; tenía pocos cabellos y ménos barbas, hablaba poco, en el vivir parecía honesto, comía demasiado, y era en el beber templado; sabía la

lengua española, arábica y hebrea. No se alcanzó á saber quién fuese su padre; cuando lo castigaron confesó ser hijo de un judío, que ni era circunciso, y que nunca había sido bautizado, porque él y su padre se pasaron á Berbería en el año que echaron los judíos de Castilla.

«Estuvo en Orán en casa de aquel mercader hasta el año de 1516, que fueron cuatro años: por ganar más la voluntad de su amo, dijo que quería mudar el nombre y llamarse como él, Juan de Bilbao.

«Andando más adelante el tiempo, como el mercader hiciese ausencias de su casa, y dejase encomendados á aquel su criado la mujer é hijos y tienda, una vez que volvió de Castilla fué avisado de que aquel Juan de Bilbao su criado no era seguro: unos decían que con su mujer, otros que con su hija andaba revuelto. El mercader, como hombre prudente, echóle luego de su casa sin decir á nadie la causa por que lo echaba; porque no podía él quitar á su criado la vida sin quitarse á sí la honra.

«Había á la sazón en Orán un Corregidor algo mozo, el cual, no sabiendo por qué el mercader había despedido á su criado Juan de Bilbao, lo recibió en su servicio para que fuese su despensero; y como el Corregidor tuviese una manceba secreta, procuró tener amistad con ella y áun enseñarla á ser hechicera. Porque este mal hombre de Juan de Bilbao, no sólo era moro y judío, pero preciábase de nigromántico.

«Acordó la manceba decir al Corregidor, su amigo, que la seguía el despensero, y que le enseñaba cosas de hechicerías; en especial que concertaba con ella de darle á él bebedizos, para que entre ambos á dos fuesen para siempre fijos los amores: lo cual como lo oyó el Corregidor quedó espantado, porque pensaba que tenía segura su casa y manceba, con Juan de Bilbao, como si estuviera en guarda de algun eunuco.

«El Corregidor, aunque del todo al presente no dió crédito á las palabras de la manceba, al fin estuvo más avisado para mirar por su casa; y como hallase por verdad lo que habían dicho, que halló los hechizos que tenía para dárselos, mandóle llevar á la cárcel pública: de allí le sacaron un día de mercado, y puesto en un borrico con los hechizos al pescuezo, le dieron por las calles públicas de Orán cien azotes; quedando todo el pueblo espantado de un bellaco tan encubierto, porque tenían todos de él muy buena opinion.

«Asimismo le desterraron de Orán: hubo de volverse á España, y desembarcó en la costa de Valencia, y fué cuando el reino andaba tan revuelto como digo. Hizose con sus embustes gran parte con los agermanados ladrones que andaban en Algeciras, y ganó con ellos grandísima opinion y crédito. Entró en Játiva llamándose D. Enrique Manrique de

(1) Esto dice el autor de la *Historia de los Alfonsos* en la página 112 del tomo I.

Ribera, y como era tan gran embustero, y los agermanados de tan poco entendimiento y tan ciegos y apasionados, vino á ganar tanta opinion entre ellos que le hicieron su general; y llegó á ser tanto con ellos, que por Dios y por rey le tenían.

»Vicente Peris le reconocía, con ser este tirano la cabeza de los agermanados rebeldes de Valencia; dijo que lo enviaba Dios para darles libertad y que les descubriera muchas armas y dineros. Los de Játiva le seguían como á su redentor, llamándole el *Encubierto*, y que Dios le enviaba para remediar los pueblos.

»Prendieronle y ahorcáronlo: hizo creer que era el príncipe D. Juan hijo de los Reyes Católicos, y que por ciertas revelaciones y causas secretas de los juicios de Dios, convino encubrirse al mundo; y que entónces que estos reinos estaban tan perdidos, y con tanta necesidad de rey natural que los amparase, defendiese y volviese á su antiguo ser, como lo tuvieron de los reyes sus padres, se había querido descubrir, y Dios lo había mandado así.»

He trascrito cuanto sobre el *Encubierto de Valencia* dice Fr. Prudencio Sandoval, así para comprobar la cita que en el manuscrito se hace, como para hacer notar los puntos de semejanza entre el retrato de aquel embaucador y los del asesino del licenciado Esquivel y del traidor Lope de Aguirre, que en sus historias presentan Fr. Pedro Simon, Diego Fernandez (el Palentino) y Garcilaso de la Vega.

MACHIN É ICIAR.

Machin.—En el folio 28 de la *Vida del Gran Capitan* (1), y no en el 18 que cita el manuscrito, se encuentra el suceso ocurrido en Ostia y Roma con el corsario vizcaino *Menaldo*, á quien Alonso el Burgalés llama *MACHIN* (2). Véase lo que sobre el particular dice Pablo Jovio:

«En este medio (después de haber domado el Gran Capitan á los olivetanos que en tierras de Aquino y del Abruzo perseveraban en la fe de los franceses), fué llamado con grandes ruegos del papa Alejandro; porque en aquel tiempo Menaldo Guerra, vizcaino, cossario cruelísimo, del castillo y puerto de Ostia, estorbaba totalmente la navegacion del Tibre; tanto que el pueblo romano estaba apretado

(1) *Vida y crónica de Gonzalo Hernandez de Córdoba, llamado el Gran Capitan*, escrita en latin por Paulo Jovio, obispo de Nocera, y traducida por Pedro Blas Torrellas.—Amberes, 1555, tomo en 8.º menor con 118 hojas y la tabla.

(2) Esta diferencia de nombre, en el protagonista de un mismo suceso, me ha hecho suponer si el de Machin le tomaría aquel corsario de la palabra machina, ó se lo aplicaría el autor del manuscrito comparándole, en lo malicioso y travieso, al mono del género *cebus*, que en la actual república del Ecuador se conoce con este nombre. Pero no pasan estas de meras suposiciones.

de la carestía de muchas vituallas, en especial del vino, porque los mercaderes sicilianos y calabreses, y otros extranjeros españoles y genoveses, temiendo la crueldad del cossario, se iban á otra parte. Porque, cualquiera navio que allegaba á Ostia, si los marineros á la hora, cargadas las velas y los remos levantados, no se ajuntaban á la riba, puesta debajo del castillo, á dejarse saquear y prender, eran por el artillería echados al hondo; y había faltado muy poco para que no prendiesen las galeras del Papa, ó verdaderamente las foudrasen, las cuales descuidadamente habían venido á la boca del rio.

»No se podía la crueldad deste espantoso asesinato, por ninguna condicion que le fuese hecha, traer á concierto, ni derribarle, sino con hacelle justa guerra; pues no estimaba con su arrogancia y crueldad las excomuniones del Sumo Pontífice. No se demostraba otro camino más poderoso ni presto que el de Gonzalo Hernandez, el cual á la hora pudiese domar este espantoso monstruo y librar á Roma del extremo peligro de la hambre. Gonzalo Hernandez fué contento á hacer á Su Santidad este servicio; especialmente persuadiéndoselo el rey Federico. Caminó para Roma con sus españoles, y pocos dias después se aposentó en Ostia en un lugar conveniente.

»Menaldo, con su soberbia, no dejaba de hacer males, ni quería escuchar ninguna condicion de la paz que se le ofrecía. Habiendo Gonzalo Hernandez gastado ya tres dias en aparejar todo lo necesario para dar el asalto, y habiendo considerado todos los pasos; ajuntados todos los capitanes á Consejo, con increíble juicio les dijo el lugar por donde se les había de entrar: que plantada el artillería de una banda, por tener ocupados los enemigos, por la otra hizo las escalas tener aparejadas para subir encima el muro. No pensando ninguna cosa destas Menaldo, acometieron los españoles animosamente por ambas partes; pero algo más flojamente por la parte de la batería. Por la otra, puestas las escalas, subieron con grande presteza en lo alto de la muralla, y echaron de allí abajo los pocos que la defendían; y dando grande vocería mataron la mayor parte de los franceses que defendían la parte del muro derribado, y fué tomada Ostia juntamente con el castillo.

»Menaldo, viendo sus cosas perdidas y abatida la bravosidad de su ánimo, solamente pidió la vida; dejándose atar vituperosamente, para después ser llevado en triunfo y ser de todos afrentado y escarnecido. Gonzalo Hernandez, tres dias después, entró en Roma por la puerta de Ostia á guisa de triunfante, acompañado de las voces y alegría del pueblo romano, las cuales voces demostraban verdaderamente el gran beneficio recibido de su mano.

»Fué reputada aquella alegría por más noble que

la gloria de un justo triunfo, porque esta victoria fué adquirida para grandísima utilidad y provecho de la república romana, y así despertaba grandísimo regocijo para con todas las órdenes de ciudadanos y moradores. Menaldo era llevado ligado encima de un caballo flaco y triste: era al ver espantoso, así por la barba blanca, crecida y revuelta, como por los ojos terribles y fieros: el cual, con un amargo y enfermo mirar, demostraba ser del todo abatido su ánimo, mas no del todo domado.

»Era guiada la pompa de aqueste aplacible espectáculo, por medio de Roma, con muchos atambores y trompetas, siguiéndole detrás la infantería y caballería. Vinieron á San Pedro, adonde el Papa, en una sala muy aderezada, asentado en una silla debajo un dosel, recojó á Gonzalo Hernandez; el colegio de los Cardenales se levantó para recibirle, y él se arrodilló á besar los sagrados piés. El Papa le levantó y besó en el rostro, y en un grande razonamiento que hizo, le loó y le dió gracias por haber librado á Roma de tanto trabajo y haber traído consigo la abundancia de todas las cosas.

»A todas estas cosas Gonzalo Hernandez, grave y modestamente respondió, no demandando otra cosa sino, según la costumbre de la clemencia Cristiana, que fuese perdonado Menaldo, el cual humildemente se le había echado á los piés; y que los ciudadanos de Ostia, los cuales estaban grandemente trabajados y afligidos de los grandísimos daños, que gozaban por diez años de la libertad de no pagar derechos, ni imposiciones algunas. Todas estas cosas Su Santidad, á ruego de Gonzalo Hernandez, las concedió, y á Menaldo fué dada libertad para irse en Francia.»

Iciar.—El nombre de HISCAR, corresponde en la *Vida del Gran Capitan* al que se cita en la disputa entre el castellano y el vascongado, aunque de otra manera escrito; y el suceso lo refiere Pablo Jovio en la forma que el manuscrito indica.

Dice al folio 40 y siguientes, que estando el Gran Capitan en el sitio de Taranto «llegó de la isla de Mitilen, echado de la crudelísima fortuna, Filipo Ravastain, flamenco, capitan de la armada de Francia, siendo perdidas sus naves, parte por naufragio, parte rompidas por las furias de los vientos,» y que el Gran Capitan, viéndole tan trabajado, le envió un valioso presente, con el cual obligó el ánimo de los franceses que á Ravastain acompañaban; entre los cuales iban el Señor Juan Estuardo, duque de Albania, caballero mozo y de la sangre Real de Escocia, y otros de parecida, si no igual calidad.

«No faltaron soldados españoles (dice Pablo Jovio) que, teniendo grande envidia de aquellas dádivas hechas á los franceses, por las tiendas y públicas conversaciones decían que el Gran Capitan con

Real mano derramaba la riqueza con los extranjeros; que fuera más justo proveer á la necesidad de sus soldados, así como á aquellos que se les debían las pagas de muchos meses: donde la envidia de aquella malvada furia, prendió de tal manera los ánimos de los enojados soldados, que todos de una voluntad y súbito consentimiento se amotinaron. Tocando al arma, se metieron en orden, y comenzaron á demandar las pagas al capitan.

»Había pasado tan adelante el furor, que estando el Gran Capitan desarmado le metieron las picas á los pechos, y ninguna cosa tanto le defendió, en tan crecido peligro, cuanto su maravillosa constancia y la majestad de sus palabras. Porque un soldado privado, con terrible vista le amenazaba con la punta de la pica, le metió la mano debajo della, y con un rostro aplacible, medio riendo, le dijo:—«Levanta para arriba esa punta, necio, que burlando no me pases de parte á parte.» Decía esto con tanta alegría como si aquel soldado, que con el enojo aprueba los dientes, se estuviera burlando.

»Fué allende desto inculpaado con vituperosísimas palabras, porque excusándose del haber tardado la paga, y jurando como él se hallaba en extrema necesidad de dineros, Hisciar, vizcayno Capitan, le respondió soberbiamente, diciéndole: «Si tú no tienes dineros, mete á tus hijas en el burdel;» la cual palabra, aunque por entónces no mostrase ningún sentimiento de haber tomado algún enojo, pero allególe á lo íntimo del corazón. Porque habiéndose asesegado aquel motin, con ciertos prometimientos de dineros, la noche siguiente mandó ahorcar á Hisciar de una ventana abajo á donde todo el ejército le podía ver. Donde el Gran Capitan, con aquella severidad, cobró no solamente su autoridad y reputación, la cual por el reciente amotinamiento de los soldados la tenía casi perdida; pero en lo de por venir, con aquella terribilidad del súbito castigo, atemorizó á los sediciosos soldados, que después no tuvieron atrevimiento de ofenderle.»

JUAN DE RADA.

También aquí se distrajo el autor de la *Disputa entre el burgalés y el vascongado*, al decir que el joven D. Diego de Almagro acompañó á Juan de Rada en el asesinato del virey D. Francisco Pizarro; pues ni Pizarro fué virey, ni lo hubo en el Perú hasta que en 1544 obtuvo este cargo Blasco Nuñez Vela (muerto el 18 de Enero de 1546 en la batalla de Añaquito), ni el mestizo Almagro, que sólo de bandera sirvió en aquel asesinato, podía prestarse á ejecutar lo que repugnaba. El intento de Almagro, según Prescott, era sólo prender al marqués y no matarlo; y Garcilaso afirma que fueron trece los asesinos de Pizarro, acaudillados por Juan de Rada

y Martín de Bilbao, los cuales cita nominalmente, incluso á Gomez Perez, que Gomara omitió en su *Historia general de las Indias*; no figurando entre ellos el hijo del descubridor de Chile.

Estos trece entraron en la morada del conquistador el domingo 26 de Junio de 1544, á la hora de la comida; y despues de matar al capitan Francisco de Chaves, que salió á recibirles, asaltaron la cámara, defendida por el propio Pizarro y por su hermano Francisco, que murió en la misma puerta, y arrebatando en brazos Juan de Rada y otro de sus compañeros á un Narvaez, «lo arrojaron la puerta adentro para que el marqués se cebase en él, y entre tanto entraron los demas.» En aquel momento acudieron todos á Pizarro, y cruelmente le asesinaron; terminado lo cual, y salidos á la calle los asesinos, «Juan de Rada hizo subir á caballo á don Diego é ir por la ciudad (de Lima), diciendo que en el Perú no había otro gobernador ni rey sobre él.»

Capitan general nombró Almagro el mozo á Juan de Rada, en pago de aquellos servicios; cediéndole á la vez cuantas atribuciones quiso tomarse, para la provision de cargos y concesion de premios, que otorgaba sin dar parte á los otros capitanes y cómplices en la muerte del marqués; «de lo cual nació tanta envidia y rencor entre los más principales, que trataron de matar al Juan de Rada.» El descubrimiento del plan produjo la ejecucion de algunos, y otras venganzas; pero cortas fueron las satisfacciones que pudo el asesino disfrutar; pues enfermado á poco, murió en Sausa, al tiempo que con Almagro se dirigía al Cuzco para adelantarse á Gomez de Rojas, á quien desde Quito envió el licenciado Vaca de Castro, con el fin de que procurase que aquel vecindario le recibiera por gobernador del Perú.

EL VIZCAINO COREBO.

Trascordado anduvo tambien Alonso en esta cita, porque segun las estancias xvii, xxv y xxvi del capítulo xiii, y las xvi y xxiii del xxiv de la edicion italiana de *Orlando furioso*, de M. Ludovico Ariosto, no fué Corebo, natural de Bilbao, el traidor, sino el vizcaino Odorigo; y no otra cosa se ve en las siguientes octavas, de la version castellana que de aquel poema hizo en 1578 D. Hierónimo de Urrea.

CANTO XII.—ESTANCIA XI.

Parecióle el lugar que era dispuesto
Para acabar lo que religion veda;
Saber me hizo todo el presupuesto
Para pasar la vida nuestra leda.
Junto de Santa Marta había puesto
Una galea armada á punto, queda

En guardia de Odorigo, vizcaino,
En tierra y mar de guerra maestro fino.

XII.

No pudiendo en persona usar efecto,
Por haberle enviado el padre antiguo
En socorro de Francia; aquel perfecto
Envió en su lugar á este Odorigo,
Que entre fieles amigos lo había electo:
Electo por más fiel, y más amigo
Serle debía, si el beneficio es parte
Para ganar amigo fiel sin arte.

XIII.

Vino en un buen navío á punto y suerte
Al término ya puesto por llevarme,
Como era concertado, y de esta suerte
En un jardín de aquel dejé hallarme,
Vino á la noche, sin temor de muerte.

Siguen las demas estancias hasta la xxiii, contando que fué robada Isabel por Odorigo, que en compañía de Almonio (escocés) y de Corebo (de Bilbao) se habían salvado de una borrasca, arrojados por ésta á un monte. Odorigo, abrigando el deseo de violentar á Isabel, hace con engaño alejar á Almonio, y al querer contar con la complicidad de Corebo, amigo tambien de Zerbino, hijo del Rey de Grecia, por quien la había robado, dicese en la

XXIV.

Corebo, de Bilbao; era nombrado
El más leal de todos los humanos:
Y habíanse los dos juntos criado (1)
En casa de Zerbino como hermanos.
Pensando que ese había bien callado,
Sus deseos descubre tan insanos:
Creyendo que quisiera aquel más presto
El placer de su amigo, que lo honesto.

XXV.

Aquel cortés Corebo, y virtuoso,
No le pudo escuchar de enfado puro;
Llamóle de traidor, y de alevoso;
Probóle ser falsísimo, y perjuro.
Uno y otro arremete furioso
Con la espada desnuda, bravo y duro:
Viles fieros reñir, y del gran miedo,
Huime por la selva escura cedo.

XXVI.

Odorigo, que maestro era de guerra,
En pocos golpes más se aventajaba:
Y por muerto dejó á Corebo en tierra.

(1) Odorigo y Corebo.

Sigue esta y las demas estancias hasta la xxix, diciendo que Odorigo buscó y halló á Isabel, á la que quiso violentar, y ella se defendió á arañazos, bocados y gritos, que atrajeron las gentes de la selva, que al aproximarse hicieron huir á Odorigo.

Refiérese luégo que Odorigo, preso y atado, fué conducido por Almonio y Corebo á la presencia de Zerbino y de la princesa Isabel, para que le castigasen. Hace el traidor su defensa, confesando que fué vencido por el amor, y Zerbino le impone por todo castigo la compañía de una vieja, á la que debe servir de paladin y protector mientras viva; cuelga Odorigo á la vieja de un árbol, y desaparece, sin que despues se haga mencion de él.

Se ve, pues, claramente que el traidor fué Odorigo, y no Corebo, vizcaino tambien.

Z.***

(Continuará).

CATALINA GEERTS.

v.

Una tarde, hallándose toda la familia en el comedor, se abrió la puerta bruscamente y entró un jóven.

Era William.

Los gritos de sorpresa y alegría que se escaparon de todos los labios fueron sofocados por una lluvia de besos y caricias.

Despues de pasar de los brazos de su madre á los de sus hermanas, se apercibió William de la presencia de una jóven que, retirada á un extremo del salon, con la vista fija en él, los brazos caidos y los ojos humedecidos por el llanto, parecia alejarse como una extraña de aquel alegre cuadro.

El jóven Benton la saludó cortésmente, tratando de adivinar quién era con un silencioso exámen.

—Vamos, William,—le dijo su madre,—¿no le dices nada? ¿No ves que es Catalina?

—¡Ah! si,—exclamó él estrechando entre sus brazos á la jóven.—¡Catalina, mi querida Catalina!... Porque bien puedo tener el derecho de llamaros así, ¿no es verdad? ¡Qué alta éstais y qué guapa!... Y á más de esto, sois sin duda honrada, buena y laboriosa, puesto que os veo en casa de mi madre y os sentais á la mesa entre mis hermanas. Bien, Catalina, os agradezco con toda el alma la satisfaccion que me proporcionais.

Catalina, conmovida y ruborizada, no se atrevía á levantar la vista para mirar á su protector; y comprendiendo que la alegría por el regreso de éste debía tener alguna expansion en el seno de su fa-

milia, salió del comedor sin que nadie se apercibiera de ello, y se dirigió á su casa. Iba á saborear en la soledad de su modesta habitacion su dicha y sus esperanzas.

Al dia siguiente, y durante dos más, no pareció por casa de la familia Benton. ¿Dejó de ir por delicadeza ó por temor? No lo sabemos á punto fijo.

Al tercer dia se apercibieron de la ausencia de Catalina, y con este motivo tuvo Willian ocasion de oír grandes elogios de la jóven costurera.

—Iré á buscarla,—dijo.—Dadme las señas de su casa.

—Tu hermana Kettly te acompañará,—repuso su madre.

Willian quedó encantado al ver la sencillez que poetizaba el asilo de Catalina.

Al hallarse reunidos, despues de seis años de separacion, ambos consagraron un recuerdo á su primer encuentro, y se comprendieron con una mirada.

La silenciosa presion con que Catalina estrechó la mano de Willian fué más elocuente que cuantas palabras hubiera podido dictarle su corazon.

—¿Sois feliz, Catalina?

—Tanto, Sr. Willian, como debeis serlo vos al contemplar vuestra obra. Hace tres dias, sin embargo, lo era ménos que hoy, puesto que ahora puedo manifestaros mi agradecimiento.

Y al decir esto, llevó á sus labios la mano de su jóven protector.

—Vamos, Catalina,—dijo Kettly acariciándola,—habiendo vuelto ya mi hermano, no hay para qué llorar. Figúrate, querido William, que Catalina nunca oía pronunciar tu nombre sin que asomasen las lágrimas á sus ojos. Estando tú ausente, era natural, pues á mí me sucedía otro tanto; pero ahora que estás aquí me parece que sóio tenemos motivos para estar alegres y reír.

Kettly, con estas palabras, descubrió inocentemente ante los ojos de su hermano el corazon de Catalina.

La costurera no pudo ocultar su turbacion, y llena de rubor trató de dirigir á su jóven amiga algunas débiles palabras de reproche.

—¿Por qué quereis negarlo?—le dijo William.—Dejad, por el contrario, que os lo agradezca. Yo, á mi vez, debo mostraros mi gratitud. Esta noche vendreis á tomar el té con nosotros, ¿no es verdad?

—Yo... señor...—balbuceó Catalina.

Y aunque satisfecha interiormente, trató de hallar alguna razon para excusarse.

William lo comprendió y repuso:

—Es mi madre quien os invita; no podeis desairarla.

—Bien, iré.

En los cortos instantes que duró la entrevista hizo Benton un detenido exámen de su protegida, á

* Véase el número anterior, pág. 58.

quien halló mucho más bella y más encantadora de lo que le había parecido el primer día y de lo que le habían ponderado, y experimentó un gran placer al reconocerse amado de ella.

Por la noche, después del té, invocando los títulos casi paternos que le daban sus antiguos beneficios, acompañó á Catalina hasta su casa, y al despedirse le dijo:

—Mañana por la mañana vendré á veros y hablaremos largamente.

—Os esperaré desde muy temprano,—contestó ella estremeciéndose.

M. Benton, que durante el té se había mostrado de mal humor, cuando vió salir á su hijo acompañando á la costurera, se entregó á sus cálculos, haciendo maniobrar su lápiz y llenando de números su cartera. Pero el lápiz se rompió y tuvo que interrumpir la operación. Con este motivo se aumentó su mal humor, y arrojando al suelo el lápiz, exclamó dirigiéndose á su esposa en tono brusco:

—Ya que William ha vuelto, será preciso evitar que Catalina venga á casa con frecuencia.

—¿Por qué?—preguntó ella.

—¿Por qué? ¡Como si tú no lo supieras!... Las miradas que en nuestra presencia se han dirigido esta noche, la turbación que al hablarse muestran, y el interés con que se ha brindado nuestro hijo á acompañarla, dicen bastante para que yo no necesite entrar en explicaciones.

Y luego, al ver que sus hijas abandonaban la estancia, añadió:

—Si Catalina fuese una de tantas, como las más de su clase, y no hubiera sido admitida entre nosotros como de la familia, poco me importaría que William se enamorase de ella; pero es demasiado buena y honrada para consentir en ser su querida. Por consiguiente, si llegan á apasionarse, comprenderás tan bien como yo cuál será el resultado...

—¿Cuál?

—Que William querrá casarse... y yo no estoy dispuesto á darle mi licencia. Toma, pues, las precauciones que consideres necesarias, tanto por el bien de Catalina como por el de nuestro hijo, respecto al cual tengo proyectos que me interesa ver pronto realizados.

Dicho esto, salió bruscamente de la sala.

VI.

La señora Benton quedó abismada en profunda meditación.

Las observaciones de su esposo la habían lastimado, porque... ¿á qué negarlo? destruían una esperanza que alimentaba en el fondo de su corazón; esperanza basada en el profundo cariño que profesaba á Catalina, tanto por las bellas cualidades de ésta, como en recuerdo de la buena acción de William,

de la que tan digna se había mostrado la joven realizando con exceso cuanto de ella se habían prometido sus protectores.

Pero nada replicó á su marido. Tenía una grande confianza en su carácter y su juicio, y pensando en que él tal vez tendría algunos motivos para obrar de aquella manera, no quiso atribuirlo todo al orgullo que ella era la primera en reconocerle.

Por esto se limitó á hacerle algunas ligeras objeciones, y abandonó la partida en cuanto vió que su resolución era irrevocable.

En cuanto á su hijo, no hizo más que darle buenos consejos llenos de moderación y de ternura.

Si se le hubiese manifestado tan severa é inflexible como su padre, acaso William se hubiera sometido sin murmurar á las órdenes que la voluntad de la familia le dictaba. Pero el joven comprendió la actitud de su madre, y se fortificó en su amor, apoyado en la debilidad de aquella y convencido de que podría contar con su protección contra la obstinada negativa de M. Benton.

Nada de esto dijo á Catalina; y algunos días después, se presentó, conduciéndola de la mano, en el salón donde se hallaba reunida toda la familia.

Había algo de solemne y grave en aquella entrada, así como en la actitud de las personas á quienes acababa de sorprender. La señora Benton hizo un movimiento para salir al encuentro de su hijo; pero una mirada de su esposo la detuvo clavada en su sitio, lo mismo que á sus hijas.

Catalina, admirada de aquel silencio y de aquella acogida, sintió que le faltaban las fuerzas y se dejó caer llorando en una silla. Kettly, la más joven de las señoritas Benton, á pesar de la orden de su padre se acercó á Catalina, en tanto que William se dirigió resueltamente á donde se hallaba el autor de sus días, y cogiéndole respetuosamente una mano que estrechó con efusión, le dijo:

—Padre mio, vengo á pedirlos vuestro consentimiento para casarme con Catalina Geerts. Quién es, ya lo sabéis; lo que vale por sus sentimientos, su carácter y su inteligencia, habéis podido apreciarlo tan bien como yo. Mi madre, en caso necesario, puede atestiguarlo, y mis hermanas confirmarán su aserto.

Un prolongado silencio sucedió á estas palabras.

La señora Benton se llevó el pañuelo á los ojos. Su marido, con la cabeza baja y los brazos cruzados, parecía contemplar la alfombra. William permanecía inmóvil delante de su padre. Y Catalina se había dejado caer al suelo de rodillas, y lloraba con la cabeza apoyada en los brazos de Kettly.

—Padre mio,—añadió William,—espero vuestra respuesta.

Benton movió la cabeza dulcemente, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, contestó:

—Te quiero mucho, William, pero debo negarte el permiso que me pides.

—Bien, señor. Mas como sé que ninguna súplica os haría cambiar de resolución, permitidme que os pregunte si es esa vuestra última palabra.

—La última, William.

—Entonces, padre mio, me casaré sin vuestro consentimiento.

—¡Jamás!—exclamó Catalina levantándose y dando algunos pasos hacia William.—¡Jamás!—repitió con energía,—consentiré en tal cosa.

Y luego, arrodillándose á los piés de M. Benton, añadió:

—Señor, yo soy ahora quien os suplica... Permitted que sea la esposa de vuestro hijo bendecida por vos...

M. Benton la hizo levantar, y, besándola en la frente, dijo:

—¡Es imposible!

No bien hubo salido M. Benton de la sala, William y Catalina se arrojaron en los brazos de su esposa, que apenas pudo murmurar entre sollozos:

—¡Pobres hijos míos!

—Señora,—repuso Catalina,—tened la bondad de acompañarme en seguida á mi casa. Yo os lo ruego.

VII.

Ocho dias despues de la escena que acabamos de referir, circulaban por Nueva-York siniestros rumores respecto á la casa Benton.

Se hablaba de numerosas y considerables quiebras ocurridas en Méjico, en el Brasil y en Liverpool, que podrían afectar al opulento negociante. Su crédito estaba ya amenazado.

—Esta tarde,—dijo M. Benton á su hijo,—llegará el *Steamer* de Liverpool y nos traerá nuestra salvación ó nuestra ruina.

El *Steamer* llegó, en efecto, y con él la noticia de haber quebrado una de las principales casas de Liverpool.

Está desgracia era el desenlace del drama que temía M. Benton.

El sueño cruel de Catalina empezaba á realizarse.

Aún quedaba la esperanza de poder recoger algunos despojos del naufragio.

Para ello era necesario que fuese William á Liverpool, y se acordó el viaje.

Catalina, desde el dia en que tuvo lugar la escena relatada al final del capítulo anterior, no había vuelto á presentarse en casa de M. Benton, ni había querido recibir en la suya á William, acompañado de su madre ó sus hermanas. Pero en cuanto se supo en Nueva-York la desgracia acaecida á la familia Benton, la primera persona que acudió á consolarla fué Catalina.

—Yo me marchó,—le dijo William;—no sé cuál será el resultado de las gestiones que voy á practicar. Pero en lo sucesivo los obstáculos que se oponían á nuestro casamiento no existirán ya para mi padre. ¿Prometeis esperarme, Catalina?...

—Me haceis una pregunta inútil, William. Partid en buen hora. Que vuestro regreso traiga ó nó la fortuna; que los motivos que se han opuesto á nuestro enlace continúen ó desaparezcan, y que yo llegue ó nó á ser vuestra esposa, os amaré siempre.

Partió William.

Dos dias despues murió su padre de un ataque cerebral.

El golpe que había sufrido era demasiado fuerte para su edad. Su debilitada organización no pudo resistirlo.

Hay ricos que no saben resignarse á la pobreza. La miseria se presentó á la puerta de aquella casa.

¿Qué resistencia podrían oponerle una señora ya de bastante edad y dos niñas educadas en el lujo?

Pero Catalina estaba con ellas. Su trabajo bastaba para atender á la subsistencia de cuatro personas. Y aquella modesta habitación que ella soñó llegaría á ser un puerto de salvación para los naufragos de la fortuna, se convirtió en un piadoso santuario donde la familia Benton fué objeto de la adhesión más noble y el cariño más filial que puede imaginarse.

William regresó al cabo de seis meses. Arreglados los asuntos de su padre, halló ante él un abismo que salvar.

—Querida Catalina,—dijo á su antigua protegida,—el cielo me ha recompensado con largueza lo que en otro tiempo hice por tí. Gracias, hija mia, por lo que á tu vez has hecho por mi madre y mis hermanas. No sé si mi corazón encontrará jamás la ternura y el cariño suficientes para premiar tu abnegación. Pero, en fin,—añadió dirigiéndose á su madre y sus hermanas,—yo soy joven aún; Catalina, mi esposa, es fuerte y decidida... Marchémonos al Oeste; el porvenir es nuestro. El trabajo es el guardian más seguro de la honradez y el inspirador de grandes y nobles pensamientos. Catalina nos lo ha demostrado. Su ejemplo nos ayudará y servirá de guía.

Y así fué. Porque el animoso corazón y la clara inteligencia de la joven les favoreció tanto en la lucha que emprendieron, basada en el trabajo, que William Benton llegó á ser uno de los más ricos propietarios de Iowa.

JAVIER EYMA.

LOS NUEVOS INVENTOS.

LAS BALSAS INSTANTÁNEAS.

El peligro probable que hay siempre que se viaja por mar, ha dado lugar á que se hayan ensayado diferentes medios para salvar los pasajeros, pero los resultados obtenidos hasta ahora, apénas han producido nada que pueda llamarse satisfactorio. En efecto, por mucho que se perfeccione un aparato, la cuestion magna está en poderse aprovechar de él en los momentos difíciles y dolorosos que preceden á un naufragio.

Todo el que ha viajado sabe las condiciones críticas de un buque en medio de la tormenta. Juguete de las olas, apénas puede seguir su rumbo ni funcionar la máquina con regularidad. Y despues viene la ansiedad de los pasajeros á aumentar la confusion, sin que basten para evitarla las más veces ni la energía del capitan ni las medidas preventivas que se hayan tomado.

Una desgracia cualquiera en buen tiempo puede contrapesarse, teniendo elementos suficientes á bordo y bajo la entendida direccion del capitan; pero puede decirse que todas las previsiones son inútiles cuando la tempestad brama por los cuatro vientos. Quien ha presenciado uno de esos desequilibrios de la atmósfera en el que la fuerza del viento levanta olas como montañas, que rompen contra los costados de la nave y que impiden la mayor parte de las operaciones náuticas, haciendo muy peligroso el estar sobre cubierta, áun con las precauciones más exquisitas; quien ha visto la fuerza colosal del viento arrebatando todos los objetos frágiles y tumbando los hombres que pisan la toldilla, no puede hacerse muchas ilusiones sobre la posibilidad de salvarse en momentos tan difíciles, porque, áun suponiendo que los pasajeros y los tripulantes pudiesen ser trasportados á un barco ó balsa, operacion poco ménos que imposible, no podrían evadirse á una muerte cruel que el viento y las olas producirían necesariamente.

Pero como no es la tempestad el estado normal del mar, ni suceden siempre las desgracias en situaciones tan poco favorables, bueno es que se empleen todos los recursos para disminuir el número de los naufragos. Eso es lo que ha hecho el doctor J. A. Fontaine, presentando á la *Sociedad central de salvamento de los naufragos*, establecida en Francia, un nuevo sistema de construir y aplicar las *balsas instantáneas* en las tristes circunstancias de un accidente marítimo. Como las recientes noticias de las pérdidas de los vapores han llamado la atencion general, parécenos oportuno reproducir aquí la descripcion que hace M. Parville, redactor cientí-

fico del *Journal des Debats*, de la balsa instantánea á que hemos hecho referencia. Dice así el articulista:

«Para que una balsa pueda conducir 400 personas, es menester que tenga una superficie de 80 metros cuadrados, volúmen de 50 metros y que su peso no exceda de 28 toneladas. ¡Ochenta metros cuadrados de superficie, diez metros de largo y ocho de ancho! No había que pensar en colocar semejante superficie dentro del barco; así que el inventor ha apelado á un recurso muy sencillo para vencer la dificultad. Toma un basto colchon de cautchuc, forma con él un rollo y lo cuelga sobre el costado como un bote. Resta inflar con aire en un minuto, en el momento del peligro, ese saco. Para esto se coloca fijo en el cuarto de la máquina, y siempre bajo presion, un recipiente de aire comprimido que contenga tres metros cúbicos ó quince atmósferas.

»La acumulacion del aire se obtiene con el auxilio de la bomba de compresion del barco. Este depósito se comunica por medio de un tubo con una llave de tuerca con que remata la balsa. A la voz de «¡La balsa al agua!» la tripulacion se precipita sobre las amarras que mantienen arrollado el colchon, y dos barras de hierro penetran en dos especies de vainas ó jaretas longitudinales formadas en el colchon que lo mantienen un tanto tirante. El aire afluye y llena ese saco; en algunos instantes la balsa pende inflada á lo largo de la amura, y cortadas las amarras, cae al agua. Sólo resta embarcarse en ese piso flotante. Excusado es decir que omito todo lo referente á cabos, cuerdas, cables á disposicion de los pasajeros para que puedan resistir las oleadas, cajas de cohetes para señales, conservas alimenticias, etc.»

Despues se extiende M. Parville sobre los inconvenientes que siempre presentan en alta mar el traspaso de 400 ó 500 personas, sobre todo cuando se da la señal de fuego, lo que produce una confusion que destruye todas las probabilidades del salvamento; y concluye por recomendar al estudio de los hombres científicos la importante invencion de M. Fontaine, seguro de que es una adquisicion valiosa para la humanidad.

Ya hemos dicho las inmensas dificultades que se oponen para evitar los siniestros marítimos; pero esto no impide que la ciencia estudie cuantos medios juzgue convenientes á fin de disminuirlos, ya que es imposible suprimirlos en absoluto. Mucho se ha adelantado en estos últimos años sobre este punto, y el invento de M. Fontaine es una buena prueba de ello: ahora hace falta que se ponga en práctica y que se observe, á fin de que en vista de sus resultados pueda irse mejorando hasta perfeccionarlo en cuanto sea posible.

CRÓNICA DE LA EXPOSICION DE FILADELFIA.

EL DEPARTAMENTO DE HORTICULTURA.—LAS PLANTAS TROPICALES.—
LA IMPRENTA EN LA EXPOSICION.—LA GALERÍA DE PINTURAS.—
LOS ARTISTAS AMERICANOS.—LA SECCION ESPAÑOLA.—ESPAÑA
JUZGADA POR ESPAÑOLES.—INFERIORIDAD DE LAS INSTALACIONES.—
LA ARMERÍA REAL.—LOS MINERALES ESPAÑOLES.—AUSENCIA DE LA
HULLA.—LOS PREMIOS ESPAÑOLES DE LA SECCION DE ARTES.

El departamento de horticultura es un elegante y espacioso edificio con magníficas luces, pero le falta ventilación suficiente para que se conserven ciertas plantas que requieren bastante aire. Como este local está destinado á servir de salón de conciertos, de baile y otras reuniones luégo que termine la Exposición, tal vez sus constructores fijaron más su atención en esta circunstancia que en el objeto á que hoy se le ha destinado.

Fuera del edificio se ven también objetos de horticultura que pueden resistir los cambios atmosféricos y no sufren con la temperatura más baja que reina por las noches. Los terrenos que sirven para esta Exposición de plantas al aire libre, se hallan distribuidos en pequeños prados y bosquecillos, y los objetos que en ellos se ven comprenden, no sólo plantas de adorno de todas las especies y climas, sino también aquellas que son propias de los parques, jardines y prados artificiales. Hay una variedad de jarrones, estatuas, pabellones, puentes rústicos, rocas, fuentes, asientos de metal y de madera y un sinnúmero de flores formando bellos grupos, artísticamente hechos; instrumentos adecuados para el cultivo de los jardines, y regaderas de nueva invención, propias para las delicadas manos de una señora amiga de las flores.

Hacer una descripción minuciosa de la variada y completa colección que se exhibe en este departamento, sería larga tarea. Las plantas tropicales abundan, desde la esbelta palmera hasta el cactus de infinita variedad. Se ven también plantas exóticas de la China, el Japon, las islas Filipinas y las Sandwich: unas de puro adorno, y otras que representan los vegetales que suministran artículos de comercio y de industria. En materia de flores y además de las que exhibe toda la América, las de Inglaterra y Francia figuran en primera línea, por sus hermosas rosas de diversas clases.

La isla de Cuba no sólo ha enviado plantas poco conocidas, que pueden aclimatarse en los Estados del Sur, sino también una variedad infinita de otras que encierran propiedades medicinales.

El departamento de horticultura es uno de los lugares más agradables que tiene la Exposición, no sólo por la belleza de lo que allí se exhibe, sino porque el visitante puede disfrutar, al mismo tiempo que contempla todas estas galas de la naturaleza,

de una música deliciosa que ejecuta diariamente una orquesta bastante bien organizada.

Cerca del edificio de las máquinas ha construido otro la *Campbell Printing Press Company*, que se ocupa de hacer impresiones finas y es hoy rival de la casa de Hoe é hijos, tan afamada en la construcción de prensas para imprimir con rapidez. Este edificio, que mide 124 pies de longitud por 88 de latitud, reúne todos los departamentos de un establecimiento tipográfico. Una de las prensas de rotación de esta Compañía se encuentra en ejercicio, y da á luz una edición del *Evening Herald* de Filadelfia. En el mismo local hay también una oficina para trabajos pequeños y ligeros; y en él se ven diez prensas cilíndricas, una de las cuales exhibe el procedimiento heliotípico.

La galería de pinturas americanas revela que esta escuela se halla todavía en la infancia, pero comprende cuadros de bastante mérito.

Smith exhibe su obra maestra titulada *El hogar desierto*, en el cual ha imitado con suma habilidad el aspecto triste y melancólico de una tarde de invierno con los pálidos reflejos del sol poniente que brilla sin calor y arroja débil luz sobre la casa abandonada. Lo mejor de este artista está en el sentimiento que hace resaltar por medio de una combinación de luz y sombra, más bien que haciendo uso del colorido, á que se prestan poco las escenas de invierno.

Alberto Bierstadt exhibe un cuadro que representa la altiva y vigorosa vegetación de California con sus corpulentos árboles de espeso ramaje. Este artista es, sin duda, el primero en América para los paisajes.

Al lado de este cuadro se ve otro, que es obra del pincel de Mr. Gifford, el cual representa una escena oriental con una mezquita en los confines del desierto. El colorido es magnífico, pero inferior al otro.

Ward ha pintado uno en el cual se ven algunas mujeres de la Bretaña lavando ropa á orillas de un río. Este artista ha seguido la escuela francesa, y en la delineación de las figuras revela algún conocimiento de las formas humanas.

Un artista de Filadelfia exhibe una pintura de estilo místico representando los mártires en la época de Diocleciano. Es una mezcla de buenas cosas con otras malas; pero después de contemplar el famoso cuadro de doña Juana la Loca, por Valles, en el cual aquel artista ha sabido imitar tan á lo vivo el sufrimiento mental, cosa difícil de trasladar al lienzo, la pintura del artista de Filadelfia queda completa-

mente eclipsada, y comparada con la otra es un verdadero mamarracho. Para que el sufrimiento despierte simpatías es necesario que sea representado sobre el lienzo por una hábil mano guiada por el genio inspirado del artista, y no á todos les es dado poseer ese don precioso que tanto distingue y caracteriza á la escuela española.

En otras Crónicas hemos dado á conocer la buena impresion que ha producido España en la Exposicion de Filadelfia, segun la opinion de los americanos, y hoy debemos referirnos á aquellas noticias al trascribir á nuestros lectores algunas de las que hemos recibido acerca de la Exposicion española. Nuestros compatriotas no se manifiestan tan entusiasmados con la Exposicion de nuestro país como los americanos se manifiestan en sus periódicos, en sus revistas y en sus conversaciones particulares. Y es natural que así suceda: descartado por nuestra parte el amor patrio que puede llevarnos, y nos lleva en efecto, á desear oír de boca de los extranjeros los mayores elogios sin el contraste de una sana critica, quedanos el anhelo constante de que nuestro país marche tan resuelta y rápidamente en la vía del progreso que ninguna nacion pueda aventajarnos, y de aquí que todo nos parezca poco, y que nuestro juicio acerca de los productos españoles sea muy inferior al juicio de los extranjeros.

Además de esta circunstancia existe otra, de poca importancia en apariencia, pero de mucha en realidad, segun los usos y costumbres de las modernas Exposiciones. Por regla general, no sabemos exponer, y nuestras instalaciones, envases, cajas, estuches, etc., se resienten de cierto descuido, que es natural en quien calcula con razon que no se exponen envases ni cajas, sino productos, pero criminal en quien sabe, como saben todos los expositores modernós, que tienen más valor aparente para todos, y aún real para los que no saben ver, los productos que se presentan con arte y coquetería y envueltos en cajas y estuches de más valor y riqueza, que el objeto expuesto. En este punto nos falta mucho que aprender, y los cronistas más ilustrados señalan ya algunos casos concretos que debemos hacer notar por lo que pueda convenir para otros certámenes industriales. En la seccion de España se ve un riquísimo trozo de mineral envuelto en un papel, y no muy léjos se ven muestras extranjeras, pero muy inferiores, del mismo mineral, en riquísimos estuches de plata oxidada, forrados de raso y cubiertos de hermosísimos cristales de roca.

La casa real de España, además de los tapices que envió al principio de la Exposicion, ha presentado una gran coleccion de fotografías de la armería real que está llamando poderosamente la atencion pública.

La coleccion de minerales españoles es de primer orden, y se espera que obtenga buen número de premios; pero la especialidad del carbon de piedra, tan importante en todas partes, pero con especialidad en los Estados-Unidos, está indignamente representada por algunos lignitos de Cataluña que no son seguramente los mejores de España. ¿En qué han estado pensando el Crédito Moviliario Español y casas tan importantes, propietarias de minas de hulla española, como las de Rovira Valdés, hermanos, y otras?

El jurado de Bellas Artes ha concedido sólo ocho premios en la seccion de pintura.

Cuatro de ellos han sido para pintores españoles, los Sres. Gisbert, Vera, Valles y Mereadé; dos para ingleses; uno para un frances, y otro para un austriaco.

En la seccion de grabado ha obtenido premio *La Ilustracion Española y Americana*.

En la seccion de arquitectura ha merecido premio la portada de la seccion española.

A. LEON.

MISCELÁNEA.

El día 20 de Octubre próximo se abrirá la Exposicion regional que la Sociedad de Amigos del País de Leon ha dispuesto celebrar en el magnífico edificio de San Márcos de dicha ciudad. Concurrirán con productos agrícolas, ganaderos, industriales, mineros, y objetos de artes y ciencias, las provincias de Leon, Oviedo, Santander, Valladolid, Palencia, Zamora, Orense y Lugo, y cualquiera otra de España que lo solicite. Los premios consistirán en medallas, diplomas y metálico. El que deseé conocer el reglamento puede pedirlo á la Sociedad Económica de Leon. Es una gran idea que debiera tener frecuentes imitadoras en las demas provincias de España.

El Director general del Instituto geográfico ha tenido la atencion, que le agradecemos, de remitirnos la primera entrega del *Mapa topográfico de España*, que ha de formar época entre todas las publicaciones de su clase en Europa, como son apreciados y recibidos con entusiasmo por los hombres científicos extranjeros todos los trabajos de tan importante corporacion, honra de España. La entrega primera se compone de las hojas de Madrid, Colmenar Viejo y Jetafe, con las del título y signos convencionales.